

# La Ilustración Artística

Año XXI

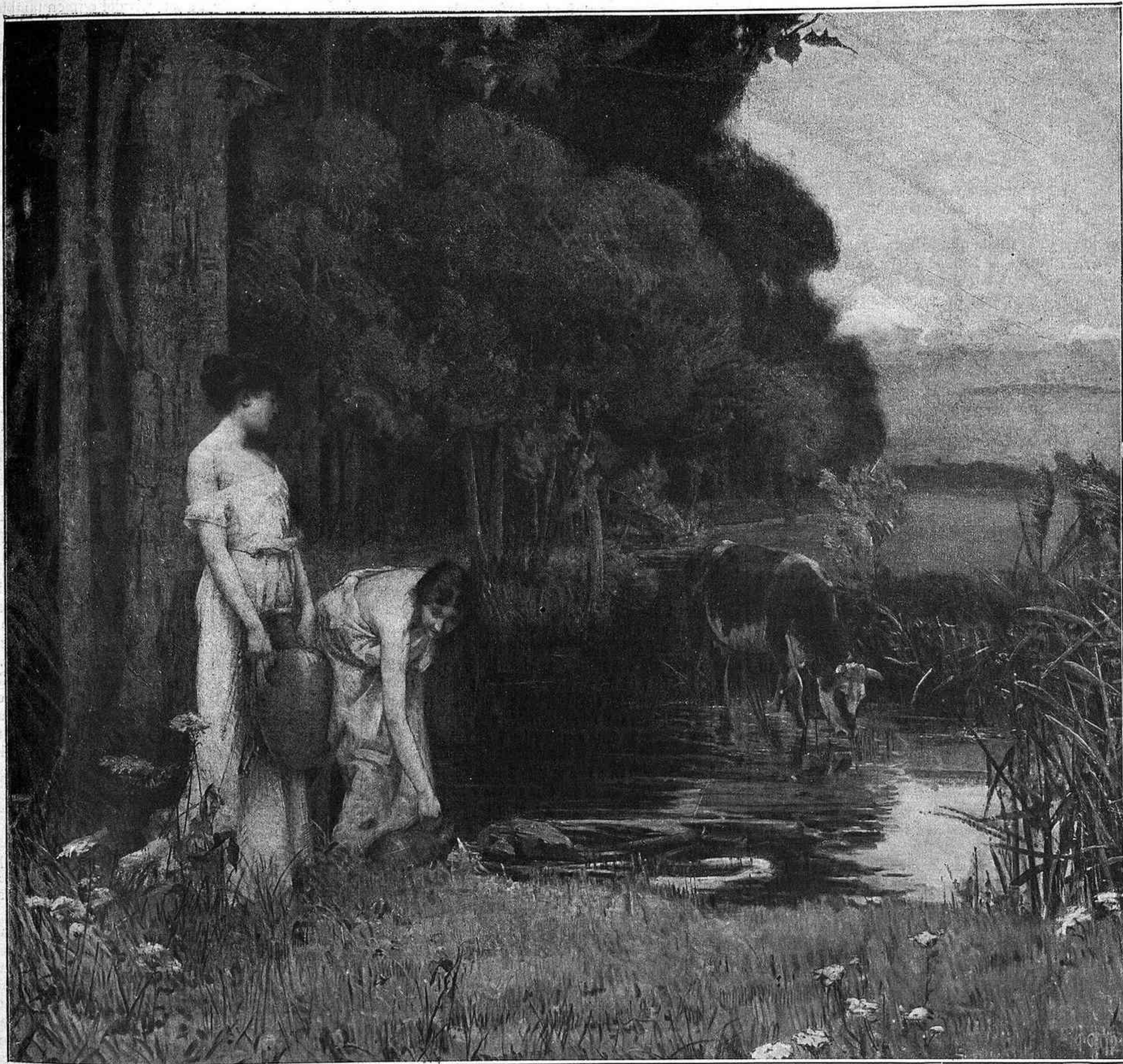
← BARCELONA 28 DE JULIO DE 1902 →

Núm. 1.074

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SOCIEDAD DE ARTISTAS FRANCESES. — SALÓN DE 1902

BIEN DE  
BIBLIOTECA  
MADRID



JUNTO AL ARROYO, cuadro de A. V. Thomas

PINTURA DECORATIVA PARA LAS CASAS CONSISTORIALES DE TOURS

El celebrado pintor parisiense A. V. Thomas deja volar su imaginación por los paisajes silenciosos durante las horas grises del amanecer ó del crepúsculo vespertino, cuando la niebla flota en el horizonte, cuando la luz, todavía indecisa ó ya amortiguada, alumbra los primeros reflejos de las aguas de los arroyos ó se extingue en los linderos del bosque, sumido ya en las sombras. Parece como si la naturaleza, presintiendo al poeta y al artista, desplegara para él todas sus seducciones y ostentara todas sus melancolías. ¡Y qué visión tan delicada la de esas dos figuras de mujeres graciosas y graves que llenan sus jarras en el límpido arroyuelo, y cuya belleza deliciosamente modelada se armoniza tan bien con la poesía y la placidez del paisaje!

# SUMARIO

**Texto.**— *La vida contemporánea. Síntoma*, por Emilia Pardo Bazán. — *Domingo Fernández y González*, por A. García Llansó. — *¡Siempre igual!*, por A. Sánchez Ramón. — *El triunfo*, por E. Alberto Carrasco. — *Nuestros grabados. Miscelánea.* — *El filón*, novela ilustrada (conclusión). — *Ceremonia celebrada en Pretoria en acción de gracias por la proclamación de la paz*, por X. — *Los animales que bailan*, por S.

**Grabados.** — *Junto al arroyo*, cuadro de A. V. Thomas. — *Domingo Fernández y González. — Una calle de Venecia. — Un canal en Venecia. — Un puente en Venecia. — Un bautizo en Venecia*, estudios de Domingo Fernández y González. — *El Vidático*, cuadro de Domingo Fernández y González. — *El banquete de Marylebone, Londres. — Venecia. La plaza de San Marcos y el «campanile» — La logetta de Sansovino. — Aspecto de las ruinas del «campanile» de San Marcos. — La violeta*, cuadro de G. Schroder. — *A orillas del mar*, dibujo de J. Francés. — *Lord Arturo Balfour. — Pedestal y estatua del monumento que se ha de erigir á Cecilio Rhodes en Matopopo Hills. — Ceremonia celebrada en Pretoria en acción de gracias por la proclamación de la paz. — En la terraza del balneario*, dibujo de Angel Huertas. — *La Primavera poniendo en fuga al Invierno*, pintura mural de Enrique Lefler.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

### SÍNTOMA

Puesto que estamos sentenciados á literatura criminal, á emociones jurídico-patibularias, ¡adelante! Ese asunto es feo, ¡pero hay muchos asuntos bonitos, sobre todo desde que el Transvaal ha depuesto sus armas mil veces laureadas? ¿Es asunto bonito la enfermedad y pasión del rey de Inglaterra? ¿Es asunto bonito la explosión del polvorín? ¿Es lindo asunto la trata de blancas? ¿Es muy estético el suplicio «del agua», que dan los yanquis á los filipinos, porque aspiran á aquella independencia en nombre de la cual los mismos yanquis nos embistieron á nosotros, por amor, claro, á la humanidad y á los derechos de los pueblos?

\* \*

Ya que lo bonito anda por las nubes..., vamos á lo que tiene impresionada y conmovida á esta España que, desde el mismo instante en que perdió las Filipinas y las Antillas, ni volvió á preguntar por ellas, como si se le hubiese perdido un alfiler de á ochavo: de suerte que parecemos curiosos impertinentes los que solemos repetir á deshora: «Y de Aguinaldo, ¿qué?» «Hombre, sólo por gusto, ¿qué ocurrirá en Cuba?»

De la Cecilia, en cambio, ¡cuán maravillosa información! Aquella escuela del *documento*, ya mandada retirar por los imperiosos decretos de la voluble crítica, ¡vaya si ha dejado rastro en el periodismo! Decíase de los novelistas naturalistas que recogían, como los traperos, cuanto les salía al paso, ó cuanto descubrían revuelto en el montón de los desperdicios. Habrán cometido los novelistas este pecado; lo peor es que hicieron prosélitos, y los prosélitos siempre se dejan á los maestros en mantillas.

Ahí tienen ustedes un crimen de los más vulgares, el crimen y delito *ancillarío* por excelencia: el robo doméstico. Entre los sujetos que pueden cometer tal crimen, el más fácil de combinar (para el ladrón de casa no hay llave, dice el adagio), algunos son, si no interesantes, al menos extraños, y merecen estudio. En Santiago de Compostela, hace muchos años, hubo un criado que le robó á su ama todas sus valiosas joyas y bastante dinero en oro. Para conseguir dar este golpe, y que se le fiasen las joyas, á fin de no necesitar ejercer violencia ni forzar muebles, el tal servidor se pasó cinco años rezando diariamente una hora ante el sepulcro del apóstol, con los brazos en cruz. Logrado su propósito, tenía dispuesta con tal arte la fuga, á Portugal de seguro, que desapareció como si se lo hubiese bebido la tierra: de él nunca se supo más, ni de las benditas alhajas.

«Ami, cache ta vie, et répands ton esprit...»

que dice el poeta. Denme ustedes, digo yo, individuos así, profundos en el disimulo, discretos en el modo de poner por obra un designio; de estos que

andan con zapatillas de fieltro y saben adónde van. Stendhal, el gran psicólogo, se alegraría de conocerles, y les estudiaría como estudió á Luciano Sorel y á Fabricio del Dongo, que tenían *carácter*.

Pero ¡esta sultana favorita que la prensa y la opinión se han echado en España..., hay que reconocer que está á la altura de nuestra condición peculiar!

No es comparación odiosa: es observación, con ánimo de que pueda aprovecharse. — También *nosotros*, la colectividad, somos *así*: arrebatados, imprevisores, codiciosos con codicia impulsiva, derrochadores, cándidos, *infelices*, juerguistas, «abiertos incautamente» al cartaginés, ó sea al *gancho* que nos explota, mientras le guiña un ojo su compadre el platero, que vende las cosas por doble de lo que valen...

¡Qué de amarga psicología nacional chorrea el asunto Cecilia!

\* \*

Reconociéndose nuestras ignaras muchedumbres en varios rasgos de los que distinguen á esa huri del fogón, se han prendado de ella; ya tiene una aureola como la que antaño (y obsérvese la diferencia del tipo popular, y reconócese que aquél era infinitamente más simpático, encajaba en la *leyenda dorada*) cercó la frente de los José María, Candelas y otros guapos trabucaires.

\* \*

Y á decir verdad, los crímenes, en sí, como caso aislado, ninguna importancia revisten. Sólo adquieren significación al revelar un estado general de las costumbres y por consiguiente de los espíritus. Entonces, cuando expresan el ideal rebajado y grosero de la multitud, son un síntoma. Veinticinco hombres fulminados por el rayo; cien mutilados ó muertos por la explosión de un polvorín; treinta mil á quienes se traga la tierra al irrumpir un volcán; doscientos mil que se lleva una pestilencia..., ¿qué? ¡Caso fortuito! ¡Suerte común de la especie! Morir habemos, de un modo ó de otro. — Lo único que merece consignarse es lo que, al suceder, rasga el velo que encubre el santuario del alma. De ahí se deriva el valor de ciertos actos, insignificantes á primera vista.

\* \*

¡La sociedad puede tanto! ¡Es tan ilimitada la fuerza que desarrolla, y haría tanto bien si se respetase á sí misma! — Ya sé que es pedir cotufas en el golfo... Y sin embargo, ¡cuán fácilmente se dan los ejemplos y las lecciones, queriendo darlos! — No me precio de retraimiento; soy tan aficionada á espectáculos como cualquiera; pero no veo sacrificio en abstenerse de algunos, y declaro que no saldría á una estación ni á una calle para ver á una criminal tan adocenada, tan insulsa, tan estúpida, y recalquemos la palabra: tan *irresponsable*, por esa misma estupidez, como la que estos días trae revuelta á España.

Mientras creí que esa mujer había tenido el arte de ocultarse, reconocí en ella cierta estratégica disposición, que no carecía de mérito; porque al fin, una mujer sola contra policía, guardia civil y todos los agentes de la ley, es lucha desigual. Cuando pusieron á precio su captura, me creí en el siglo XIII, y el interés aumentó. — Y después... ¡si ya me parecía á mí! ¡Qué diantre! ¡Milagro fuera otra cosa!.. Resultó que no se ocultaba, al contrario; que se enseñaba, que se lucía, que no le faltó más que colgarse en la espalda un letrerito, — y que su presunta destreza no era más que la probada inepticia de los *otros*...

\* \*

¡Ea, se acabó el chiste! El toro acosado que se revuelve y se defiende, ¡bueno! El buey que se deja degollar vilmente..., triste diversión.

Y desde que los hechos demuestran que una criminal ni es inteligente, ni hábil, ni hermosa, ni la han guiado móviles novelescos, ni se diferencia de las demás *menegildas*, ¿se justifica esa aglomeración de gente, esos artículos con inventarios de efectos y ropa y recuento de gestos y estornudos, esta neurosis epidémica, coincidente con los primeros calores del tardío verano?

La más negra es la complicidad de los elementos semicultos ó cultos — gobiernos, prensa — en estos movimientos torpes del populacho. A los gobiernos les viene bien; ¡como que distrae! Mientras se habla del *crimen*, no se habla de otra cosa, y los gobiernos aquí son los eternos mal vestidos, que rehuyen la luz solar y detestan que nadie fije en su cara sucia y en su ropa mugrienta una mirada investigadora. «Música, música,» repiten con el profesor de Joaquinito Rodajas. Y todo lo sensacional, sea del género que sea; es *música*. En cuanto á la prensa, es la esclava de sus culpas, añejas ya. Ha contribuido á estragar el paladar del público, y cuando se echan especias á puñados en los guisos, es preciso aumentar la dosis, ó viene la inapetencia. Así es que un crimen, muy repulsivo, con pimienta sexual y guindilla sangrienta, y con un *misterio* burdo, que se claree, es una lotería. ¡A hinchar el globo! ¡A lanzarlo á las regiones del aire vano, para que estalle y se desinfla después de haber hecho abrir la boca y alzar la jeta á millones de papanatas!

\* \*

Como soy, no justa, pero sí amiga de la justicia, diré que esta malsana apoteosis del crimen también en Francia hizo estragos. Y pongo *hizo* porque se me figura que el mal ha entrado en un período de remisión. — ¿A qué creerán ustedes que atribuyo el descenso de la popularidad de los criminales en Francia? A una cosa muy natural: al surco que abrió el asunto Dreyfus. Pensemos como pensemos; seamos clericales, militaristas, aristócratas, monárquicos, nacionalistas, antisemitas, ó todo lo contrario; afirmemos ó neguemos la culpabilidad del célebre oficial de artillería, ¡ah!, no podemos dudar que las pasiones puestas en juego por su proceso son de un orden tan distinto de las que suscitó el crimen de la plancha y de las que arrastran á la muchedumbre tras las huellas de su autora.

Corrientes profundas de opiniones y de sentimientos; cuestiones de altísima trascendencia, que afectan á lo más íntimo y delicado de la estructura y de la organización social; un impulso innegable, erróneo ó no, del patriotismo; otro impulso, no menos evidente, hacia la equidad y la piedad; todo esto se veía y se demostraba en la agitación Dreyfus. ¿Qué importa que en tan amplio movimiento, en tales corrientes de aire, fuesen envueltas partículas de polvo y espuma rojas de odio, vahos de mentira? Esa es levadura y lastre que no puede faltar en lo humano. Mirad el conjunto, y repetiréis lo que yo repetía entonces: envidia á Francia ese asunto Dreyfus que, en opinión de muchos, tanto la perjudica; quisiera recogerlo para hacer de él un elemento de la regeneración de España.

Desde que una emoción semejante, grave, alta, espiritual, intelectual, verdaderamente *jurídica*, problema del derecho si los hubo, se impuso á la atención de esos franceses á los cuales, no sé por qué, prodigáramos el dictado de *ligeros* (¡en esta tierra del corcho!) (¡entre centenares de miles de *japones!*), los crímenes perdieron atractivo. Se habla de ellos moderadamente; se distrae la atención un momento, como sucedió con el horrendo drama de Corancez y las depredaciones de los *Apaches*; pero el romanticismo de la guillotina también ha sido guillotinado. ¡Séale la tierra grave!

\* \*

Como estamos tan divinamente informados, que no habrá menudencia que ignoremos, sábese que la criminal de moda leía cuando fueron á prenderla y sigue leyendo en su prisión. La noticia no me ha complacido; al contrario. Mejor fuera que, cuando la capturaron, la joven planchadora de cráneos se dedicase á bailar seguidillas. ¡Tan desacreditada como está ya en España la operación de leer, y todavía han de venir los asesinos á demostrar prácticamente que esa mala maña de la lectura es compatible con los mayores excesos, y que se avienen perfectamente quehaceres en apariencia heteróclitos y aficiones divergentes, como la de descrismar al prójimo y llevarse lo que tiene y la de ilustrarse empapándose en unos *Trozos selectos*!

Un solo consuelo nos queda á los que nos consagramos á dar á luz puñados de hojas impresas bajo una cubierta, con nuestro nombre al frente. Cecilia leía en sus soledades bulliciosas de Puigcerdá *Trozos selectos*, y lee un libro del Padre Coloma en la cárcel. ¡Si de ésta también nos dicen que la perdieron las malas lecturas!

EMILIA PARDO BAZÁN.

DOMINGO FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

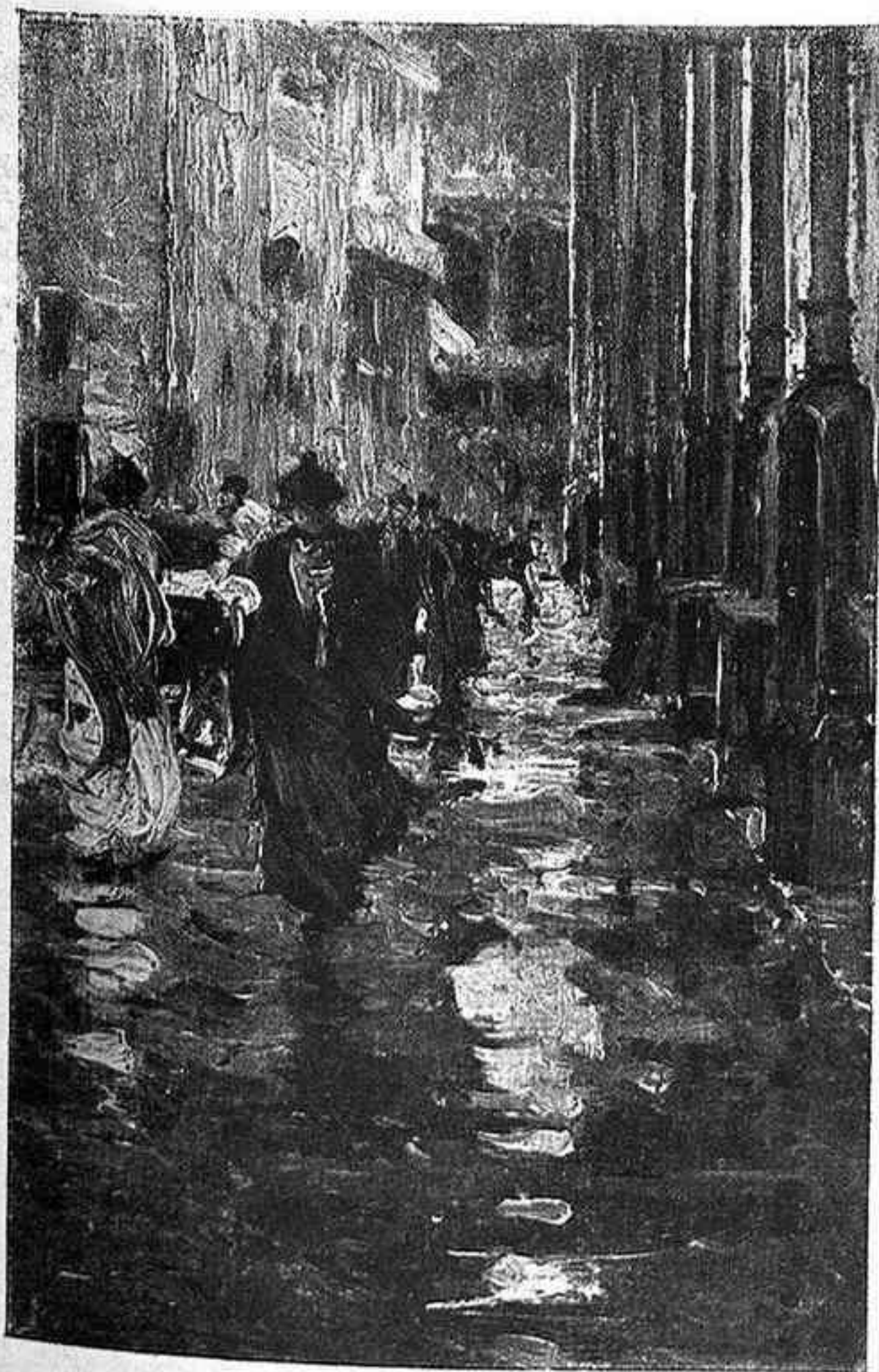
El concepto que informa el arte moderno se ha impuesto: la razón y la filosofía han subordinado el procedimiento á la imaginación, el pincel al pensamiento, y los artistas en general, cual si se hubieran puesto de común acuerdo, representan en sus obras escenas, dramas, hechos y conceptos que se comprenden y admiran por ser la gráfica representación de la vida de nuestra época y de las pasiones que agitan á la humanidad, sin acudir para producir efectos á los recursos de guardarropía, completamente olvidados por considerar como escénico atavío el floreado casacón y la férrea malla.



DOMINGO FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

Los contrastes ofrécense con espontaneidad, como consecuencia, no como recurso y factor indispensable; y la sencillez de tonos, realizada por la gallardía del esbozo, se antepone á los efectos de las combinaciones del colorido.

Aunque por causas distintas, reproducense todavía en la época actual los mismos efectos é iguales consecuencias que las que en la historia española significan y representan verdaderos periodos de indecisión artística. Lo raro es que nos envanecemos con el recuerdo y la fama que para nuestra patria lograron Juanes, Velázquez, Rivera, Murillo, Zurbarán, Goya, Jordán, Rosales, Fortuny y otros no menos ilustres pintores, puesto que no se trata de cultivar sus respectivas escuelas, cuajadas de bellezas, recogiendo, las más de las veces, lo que en ellas pueda existir de defectuoso, sin tener, en cambio, la iniciativa de la enmienda.



UNA CALLE DE VENECIA, estudio de Domingo Fernández y González (Salón Parés)

Algunas respetables personalidades han intentado, en distintas ocasiones, encauzar la desbordada corriente: Lucas, Zamacois, Domingo, Jiménez Aranda, Vera, Gisbert, Mercader, Plasencia, Pradilla, han ensayado iguales esfuerzos que en los pasados siglos dedicaron á la regeneración del arte Jordán, Mengs, Tieppolo y Goya; y si bien han logrado hallar inteligentes y entusiastas imitadores en el género que á cada uno de ellos distinguiera, la mayoría sigue aún su incierto camino, desvirtuando la verdad histórica por el desconocimiento de las épocas y la falta de ilustración, vulgarizándose entre la revuelta confusión de espingardas y yataganas, pañuelos de crespón y tapices turcos, hatos de gitanas y toreros, inspirándose en el pataleo de la *flamenca* sobre el tablado de un café, y sumiéndose en las crudezas del naturalismo más duro, sin tener en cuenta, por último, que el concepto del arte es sinónimo de belleza.

Hoy, así los artistas del pincel como los de la pluma, prefieren á la fineza la realidad, sea ésta fea ó hermosa, simpática ó repulsiva, elocuente ó muda, ejemplar ó rebosando crudezas. El mejor mérito es la exactitud del natural, sin que el crítico ni el artista acudan á la poesía para embellecer su obra. Color y natural, este es el lema en que algunos cifran el concepto del arte. «El areópago del día - decía á este propósito el malogrado crítico y amigo querido Luis Alfonso - no admira la belleza, sino la realidad: prefiere la crudeza á la perífrasis, la carne á los velos, y si volvieren á presentarle á Friné, no la absolvería por hermosa, sino por desnuda.» Y que la corriente arrastra todavía consigo á privilegiadas inteligencias, es tan innegable, que basta para atestiguarlo recordar que escritores insignes, honra de la literatura patria, enderezan su ingenio por escabrosas veredas, y que pintores de recomendables cualidades presentan cuadros con fondos grises ó abetunados, tipos verdes y antipáticos.

Cierto es que algunos artistas de talento pugnan por establecer la pintura de género, produciendo obras de indiscutible mérito: que otros, como Pradilla, llegan por medio de la pintura histórica á inspirar respeto y admiración, representando una personalidad saliente en el mundo del arte, y que en el paisaje y en la marina logran también algunos no escasos triunfos en los concursos internacionales; mas la generalidad se asume un calificativo que para disputarlo exige un conjunto, una reunión de cualidades, una sucesión de nexos que están muy distantes de poseer.

Todos los pintores, y con especialidad los de nuestra patria, han de tener muy presente que «los tiempos que hemos alcanzado reclaman del arte lo que el arte les debe,» y que según dice Stewens, «el pintor que pinta su tiempo pinta para la historia.»

La presencia accidental en nuestra ciudad del distinguido pintor sevillano Domingo Fernández y González y la exhibición de varias de sus obras, nos han sugerido las consideraciones que anteceden, ya que su personalidad artística ofrece puntos de contacto y presenta rasgos que se amoldan y ajustan á esa evolución á que nos referimos.

En posesión de esas cualidades distintivas y características de la escuela sevillana, dueño de esa riquísima gama que sólo se amasa en la paleta de aquellos artistas que beben las aguas del Guadalquivir, ha logrado substraerse á los efectismos de la coloración y á la influencia de la entonación bituminosa, que tan perjudicial es para nuestros pensionados en la Ciudad Eterna, á pesar de hallarse en ella establecido hace ya algunos años. Cuando en 1891 nos cupo la satisfacción de conocerle, pudimos apreciar en su justo valor sus indiscutibles merecimientos, adivinar sus aspiraciones y presentir adónde le conduciría su deseo de amoldarse á la evolución que se iniciaba y presentía. Y cuenta que entonces era más de aplaudir su propósito porque no podía haberse borrado de su espíritu el éxito alcanzado por su gran lienzo *Santas Justa y Rufina*, último envío de su pensionado en Roma y que fué adquirido por un acaudalado coleccionista de Boston.

Desde aquella época le hemos seguido paso á paso, y siempre le hemos visto, ya en sus cuadros de costumbres españolas, paisajes y estudios, dueño de sí mismo, ajeno á corrientes no sentidas, enemigo de efectismos, sobrio, atinado y fiel intérprete de cuanto ha tratado de representar.

No ha sido, pues, para nosotros causa de sorpresa que la crítica barcelonesa haya aplaudido sin reserva la colección de estudios y lienzos que ha expuesto en el Salón Parés, como resultado de su reciente estancia en la poética ciudad de los Duces y de las lagunas.

Todas aquellas producciones traducen fielmente y retratan con propiedad el modo de ser, el temperamento del artista sevillano, á quien circunstancias especiales han obligado á fijar su residencia en extranjero suelo. Real y positivamente, la Venecia que ha dado á conocer nuestro amigo no es, como afirma un crítico, la que de vez en cuando nos dan á conocer, rebosando efectismos y reveladora de amañamientos. Es más verdadera, más intensa y sentida, mejor observada y sobre todo, interpretada con gallardía y sinceridad. Los interiores de iglesia, los



UN CANAL EN VENECIA, estudio de Domingo Fernández y González (Salón Parés)

canales, los efectos de luz, revelan un espíritu de observación, una facultad asimiladora y un pincel habilísimo que sabe conservar íntegramente los mágicos cambiantes de las aguas, edificios y hasta del ambiente, saturándolos con el sello de la verdad y de la poesía.

Nosotros, á quienes ha cabido la suerte de ocuparnos varias veces en las páginas de esta Revista de varias obras del artista á que nos referimos, no ocultamos la gratísima sorpresa que sus estudios nos han producido, lamentando que á ellos no acompañen algunos de los lienzos que tantos aplausos le reportan.

Grato es para nosotros dedicar al amigo y al artista estos renglones como testimonio de la simpatía y de la consideración que nos merece, y lo es más todavía porque podemos unir nuestros plácemes á los que la crítica y el público le tributan.

A. GARCÍA LLANSÓ.

## ¡SIEMPRE IGUAL!

Como un reguero de pólvora se fué propagando de taller en taller, de fábrica en fábrica, la palabra de orden. Había que declararse en huelga. Había que enseñar á esos cochinos burgueses que el trabajador, que el obrero, no es carne de cañón, como sin duda se habían figurado. Había que protestar contra la tiranía del capital. El periódico de la Agrupación lo decía; el periódico que pasaba de mano en mano y cuya lectura, hecha por el capataz, era escuchada con avidez, en la media hora de asueto concedida para el almuerzo, por todos los obreros agrupados á su alrededor.

El periódico lo decía: «Hay que protestar, hay que alzarse contra tanta humillación y tan indigno comercio de la carne humana. Hay que enseñar al rico que sin el obrero él no sería nada. ¡Compañeros! Hay que jugar el todo por el todo, pues para morir reventado y escarnecido por el patrono al pie del telar, al lado de las máquinas, vale más morir de inanición en la casa, entre los suyos, ó en la calle, arrancando ojo por ojo y diente por diente, peleando contra los viles explotadores que viven á costa del sudor de nuestra frente.

»A la huelga, pues, y no cejar, que el triunfo es nuestro si sabemos sostenernos.»

Y así seguía el periódico revolviendo y avivando con enérgica y pintoresca frase el fuego que yacía, mal encubierto por la ceniza de la necesidad y de la resignación, en el fondo de aquellos corazones lacerados.

\* \*

La huelga fué acordada, y en un día, en una hora, en un instante, todas las faenas se paralizaron.

La ciudad parecía muerta. Las chimeneas dejaron de escupir su humo; cesaron los martillos en su golpeteo, apagóse el tric-trac de los telares...

Grupos de huelguistas recorrían las calles para hacer manifestación de su miseria é impedir que los *traidores*, compañeros tímidos ó necesitados, volvieran al trabajo. Hubo algunos alborotos y colisiones, y la autoridad tuvo que adoptar medidas para impedir coacciones.

Hubo choques entre los soldados y los huelguis-

tas, hijos del pueblo todos, hermanos todos y todos parias y desheredados. Hubo muertos y heridos, pero los huelguistas no cedieron, y aunque reprimidas las públicas manifestaciones, aunque desiertas

dos por hambre, preferían morir á someterse, y entretanto, la clientela emigraba, la maquinaria se perdía, se desmoronaban las fábricas.

Había que hacer concesiones y se hicieron, pero no todas las que los obreros pedían; así es que éstos permanecieron inflexibles.

Al mismo tiempo, el periódico de la Agrupación seguía circulando y diciendo: «¡Compañeros, firme! ¡No hay que desmayar, que el triunfo es nuestro!..»

Esto, unido á algunos socorros enviados de las demás Agrupaciones y sobre todo del extranjero, hizo que los huelguistas, en lugar de ceder, formularan nuevas pretensiones que los patronos juzgaron inadmisibles.

\* \*

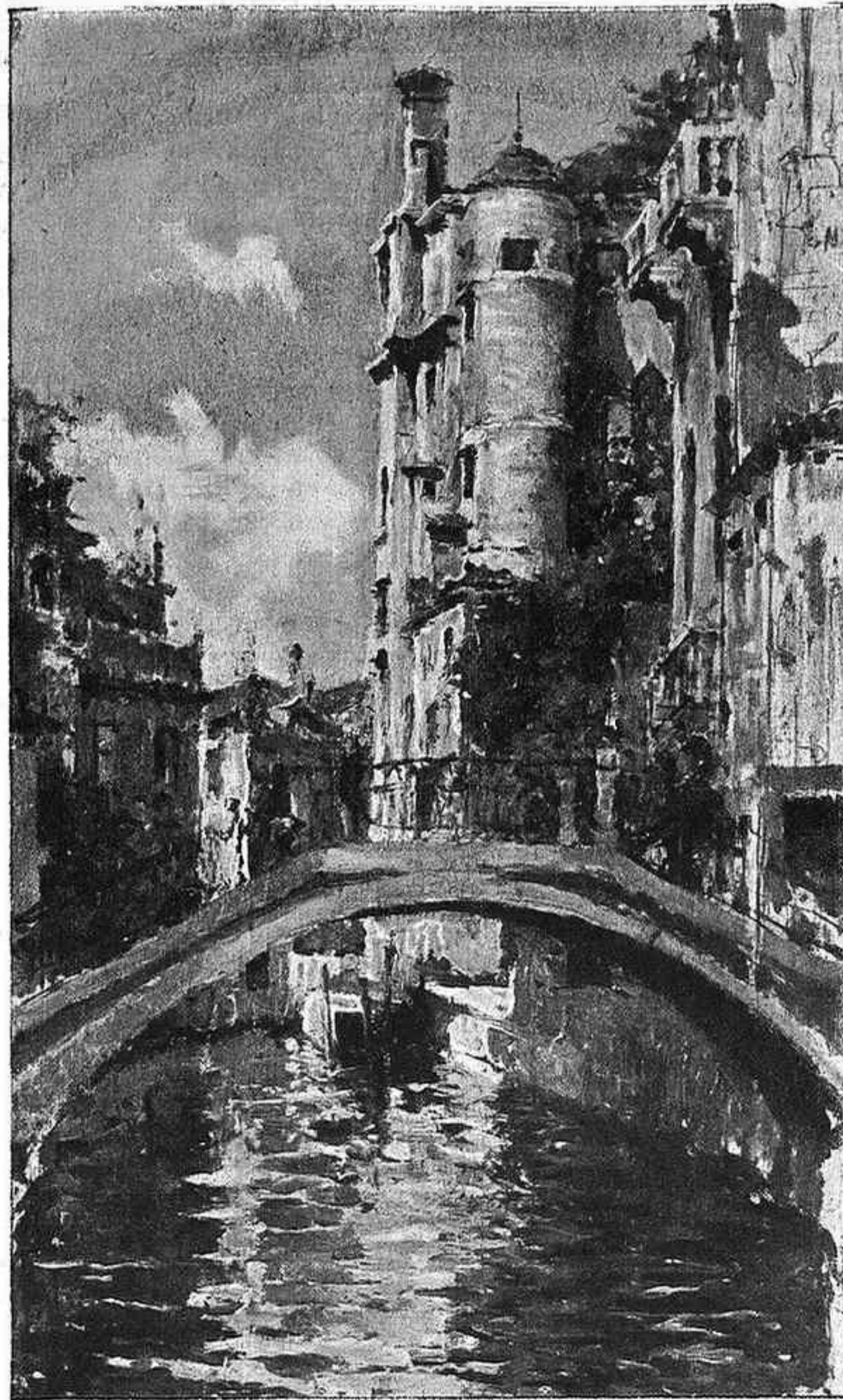
¿Cuánto tiempo pasó? No se sabe. ¿Cómo vivieron los obreros durante este tiempo? Se ignora. El caso es que á fuerza de resignación y de sacrificios, repartiéndose las cargas y auxiliándose mutuamente, los huelguistas llegaron á constituir una cooperativa y á trabajar por su cuenta, transformándose de obreros en patronos y de auxiliares del capital en administradores de sus propios bienes.

Los nuevos patronos, los nuevos burgueses, fueron ensanchando paulatinamente sus negocios. Ya no se bastaban á sí propios. Necesitaban auxiliares, necesitaban obreros para sus talleres y para sus fábricas, y fueron reclutándolos entre la *turba multa* de los desheredados que ni fábrica ni talleres tenían aún, y que dígame lo que se quiera y hágase lo que se haga, siempre estarán en mayoría.

\* \*

Y llegó un día — ¡quién había de pensar! — en que los antiguos huelguistas, transformados en patronos y burgueses, se sintieron más burgueses y más patronos que aquellos contra los cuales se habían rebelado. Por un lado, la realidad que se les imponía, la realidad del dos y dos son cuatro, que no admite interpretaciones ni enmiendas, y por otro, la natural avaricia del hombre que atesora, fueron parte á que se convirtieran á su vez en explotadores de sus obreros.

Y estalló la huelga, y...



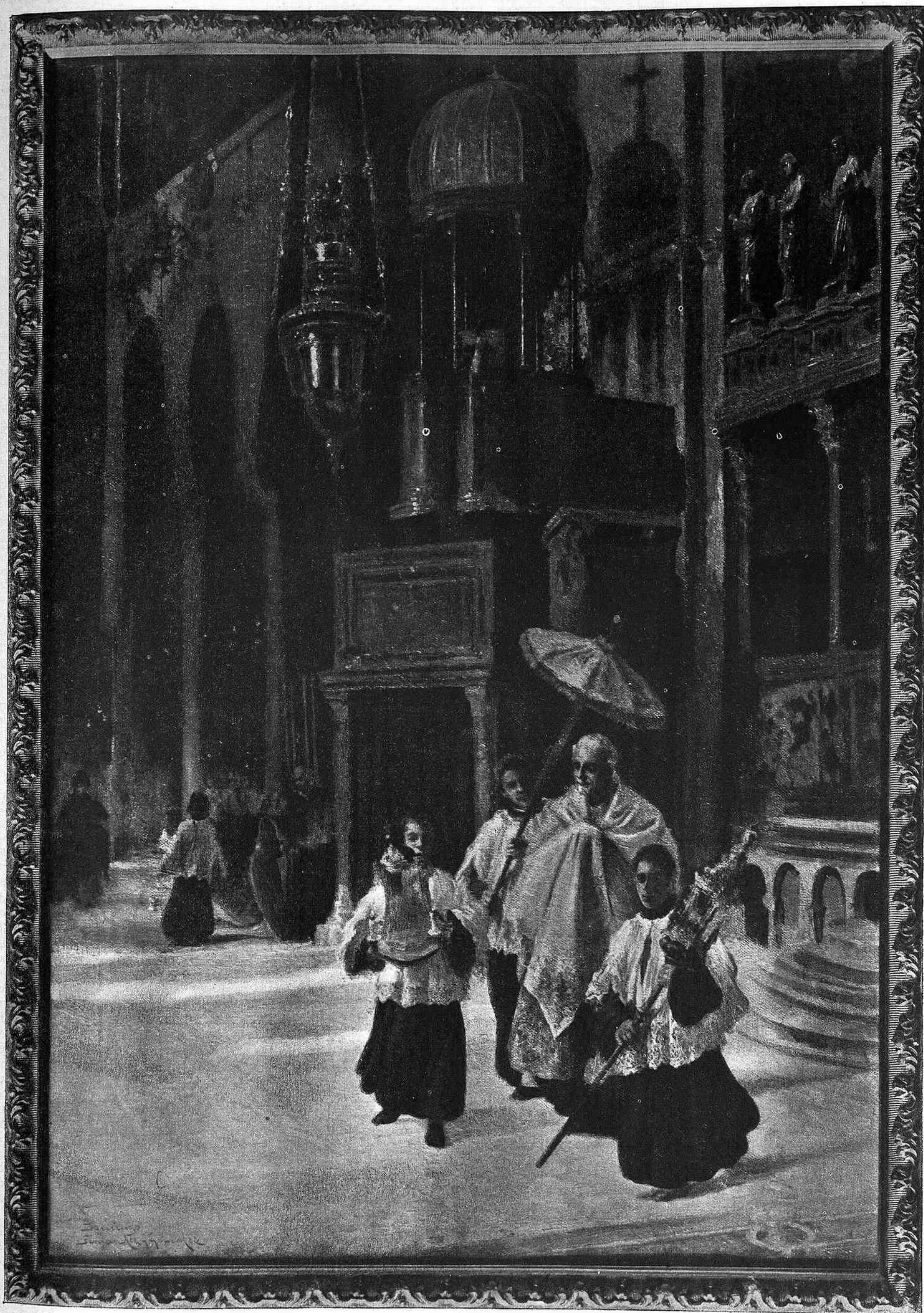
UN PUENTE EN VENECIA, estudio de D. Fernández y González (Salón Parés)

las calles, también continuaron desiertos los talleres y las fábricas.

Hubo una reunión de patronos porque la huelga se prolongaba, y aunque los obreros se veían sitia-



Un bautizo en Venecia, estudio de Domingo Fernández y González (Salón Parés)



EL VIÁTICO, cuadro de Domingo Fernández y González (Salón Parés)

Vuelta á empezar; las resistencias, las coacciones, los atropellos, los choques con la tropa, los días sin pan, la mujer que llora desconsolada y los hijos que se acercan hambrientos.

\* \* \*

Y es lo que les decía un antiguo trabajador, un viejo marrullero, que había leído mucho y corrido mucho y visto mucho:

— Conveceos, hijos míos. Vosotros tenéis razón y los patronos también. Los burgueses os explotan y vosotros no queréis dejaros explotar. Aquellos hacen bien y vosotros no hacéis mal; pero aquellos

lo que no existe, lo que no siento, lo que no ha nacido en mí?..

Petrificado, absorto, Félix Romero la miraba sintiéndose herido en lo más delicado, en lo más sensible de su amor propio. Aquella derrota echaba abajo su brillante reputación de galanteador afortunado, su envidiable aureola de habilísimo mujeriego.

— Es decir, añadió levantándose, que ha dicho usted la verdad; que, contra lo que yo me había imaginado, no me ama usted...

Rosario levantóse también de su asiento asintiendo con la cabeza, y mientras le alargaba su linda mano de duquesita, exclamó:

todo, en fin, lo que tan discreta y magistralmente ocultaba la personalidad excepcional de aquella mujer.

Tenía indicios seguros, irrefutables, de que ella le amaba; pero á veces, como la última en que se vieron, le desconcertaba su imperturbable actitud.

Mucho pensó Félix Romero, durante un mes de ausencia, en Rosario Medina, y algo que no era fácil presumir preparaba el mozo para un nuevo y último sondeo en el corazón de la enigmática duquesita. El no la amaba, ni la amaría nunca; pero pendiente de la voluntad de ella todo el nombre de su nombre, preparábase á jugar la última carta, y estaba casi seguro de su triunfo.



BANQUETES POPULARES CELEBRADOS EN LONDRES Y COSTEADOS POR EL REY EDUARDO VII. - EL BANQUETE DE MARVLEBONE

(de fotografía de Rushell)

están más en lo cierto que vosotros. ¿Por qué no habéis nacido duques?

Conveceos de una vez para siempre de esta verdad que tengo muy bien aprendida. Anarquistas, socialistas, burgueses, los de arriba, los de abajo y los de en medio, todos andan equivocados. Hágase lo que se haga y mientras el mundo sea mundo, siempre los peces grandes se comerán á los chicos... Ya podéis variar las condiciones del trabajo... Será lo mismo, porque el mal está más hondo... ¡Mientras no variéis la naturaleza humana..., siempre igual!

A. SÁNCHEZ RAMÓN.

## EL TRIUNFO

### I

Y Félix Romero saltó de su asiento con los ojos muy abiertos por el espanto y dibujada ya en su frente la línea de las contorsiones.

— ¿Que no me ama usted?, la interrogó mirándola fijamente con sus grandes ojos de loco visionario.

— Usted lo ha dicho: que no le amo..., replicó Rosario Medina sin estremecerse, sin inmutarse, con una serenidad aterradora.

Hubo una pausa, durante la cual los dos se miraron silenciosos, escudriñándose hasta lo más recóndito de sus corazones. Después, Félix Romero, volviendo á su asiento, dijo á aquella divina cruel:

— Rosario, juega usted con mi vida, con todo mi ser, como los niños veleidosos con un juguete de porcelana. Hábleme usted en serio y no prolongue por más tiempo esta angustiada duda que me ciega y ahoga.

— Si no le engaño á usted, Félix, añadió ella con la misma sonrisa cruel; ¿cómo quiere usted que finja

— Pero en cambio, y para desagraciarle, le exijo á usted su amistad más sincera que nunca.

Y tras una despedida fría y ceremoniosa, Félix Romero abandonó aquella casa, donde, cual en un cementerio de honores muertos, quedaban enterrados sus blasones de monarca dominador de voluntades femeninas, y su larga historia de mozo avasallador, de hombre de irresistible persuasión en la palabra y maravillosa sugestión en el triunfo...

### II

A decir verdad, Félix Romero no había amado nunca; había comenzado á vivir muy joven, y á los treinta años era ya un maestro de amor entre las mujeres más ingeniosas del gran mundo. Escéptico por el estudio y por la experiencia, aceptaba el amor por su lado exterior; nunca por *dentro*, por su cara interna. Para él las lágrimas de las mujeres eran un arte que le maravillaba, que le seducía, pero un arte al cual se entregaba por *fuera*, por toda su exterioridad.

Dentro de su espíritu volteriano, impenetrable para la mitad de la sociedad que le rodaba, llevaba un poderoso acicate que le conducía siempre al logro de sus deseos: su profundo conocimiento del corazón humano y su táctica exquisita para con la mujer. Con estas armas poderosas, de invariable eficacia, venció siempre, y de ahí que sus derrotas pudieran contarse, pero no sus triunfos, que le habían erigido un nombre y creado una atmósfera de hombre superior á los demás.

Ahora lidiaba con Rosario Medina, mujer que le hacía estudiar más que las anteriores. Indudablemente, Rosario Medina era un ser enigmático, oscuro, sobre el cual la sonda de sus experiencias no encontraba el fondo, no marcábale con certeza los grados, el temperamento, la sensibilidad y volubilidad, el sentimiento psicológico dulce ó amargo,

Durante aquel mes de separación, Romero planeó el primer cuadro de una de las varias obras que preparaba para el teatro.

Entretanto, Rosario Medina, viviendo en público en una impasibilidad absoluta, en sus intimidades, á solas en sus largas noches, lloraba la ausencia de Félix Romero. ¿Le amaba? ¿No le quería?.. Sí y no, se decía para sí. Le quería, pero le quería rendido, sin reservas, sin aquellas dudas que le arrancaban sus burlas; le quería desnudo de alma, abiertos y á la luz todos los secretos que él, Félix Romero, guardaba en el pecho; le quería amante fervoroso, arrodillado ante ella como ante una virgen, echado á sus pies como un esclavo, como un perro... Así le quería, y así sería suya. Pero aquel hombre era un antro insondable, á cuyo fondo era ella la que no había podido llegar, á pesar de los grandes puntos de contacto (creía ella) que había observado asimilaban sus temperamentos y caracteres. Félix Romero guardaba dentro de sí á otro Félix Romero, es decir, vivía con dos naturalezas, y así se explicaba Rosario que tras un arrebató pasional, tras la tantas veces recitada oración de su amor por ella, siguiera su carcajada glacial, risa que no era de doloroso despidio, sino de insolente y agresiva burla á sus honrados sentimientos de mujer indefensa. Le amaba mucho, pero no le creía nada, y de ahí que en aquel amor viera ella lo ineluctable, lo imposible, para la posesión, para la fusión de sus espíritus.

### III

Transcurrido el plazo de aislamiento que él mismo se impulsiera, Félix Romero acudió una tarde á casa de Rosario Medina.

El artista, porque Romero era un artístazo, un genial pensador, un cerebro repleto de vigorosas concepciones, llegó perplejo, borracha de ideas su imaginación: tal era el revoltijo de pensamientos,

de sospechas, de dudas é ideas que revoloteaban en su cabeza.

Rosario le recibió con una mal disimulada frialdad; él notó instantáneamente la emoción por ella sentida.

- ¿Viene usted á hablarme de amor?.. ¿No? Pues entonces, ¿cómo justificará usted su larga ausencia? Empiece usted, Félix.

El, sintiéndose ya casi dueño de aquella mujer, y ansioso de cobrar á alto precio su desdeñosa generosidad pasada, dijo así:

- Se equivoca usted, Rosario; quedamos en que



VENECIA. - La plaza de San Marcos y el campanile que se ha derrumbado recientemente (de fotografía)

ya no la amaría... Mi ausencia tiene honrosa justificación: anuncié á usted mi propósito de encerrarme unos días para planear una obra, y comenzada ya, vengo á ofrecer á usted las primicias...

Tales palabras no hicieron en Rosario todo el efecto que Félix se proponía; pero sí encendieron en ella de nuevo el rescoldo mal apagado de sus dudas, y sus mejillas parecieron colorearse de un paño rojizo. Rosario buscó amparo en la tela finísima de su abanico.

- Bravo, mi buen amigo; así le quiero á usted, dócil y razonable... Y vamos á ver: ¿cuál es el asunto de su comedia?.. Me interesa el desenlace de las novelas bien pensadas, y el de la de usted, por ser de usted, lo espero con mayor impaciencia.

Félix, por toda contestación á tal galantería, movió la cabeza y exclamó:

- El asunto de mi comedia es el AMOR. Su desenlace... no está hecho, no está planeado, aunque lo presiento, lo *veo*...

Rosario sintió que se le desvanecía la vista, y creyó ver que la figura de Félix Romero se agigantaba ante ella.

Hallábanse solos en un amplio gabinete que miraba al jardín, de cuyas plantaciones olorosas subían

fuertes perfumes de rosa y violeta que embalsamaban aquel lujoso recinto de mujer rica y discreta.

- ¿Se enojará usted si le digo que el tema es muy viejo y por consiguiente vulgar?, dijo Rosario un tanto serenada y mirando fijamente á su interlocutor, cual si intentara recrearse en el efecto de su lancetazo.

Félix Romero habíase levantado y la contemplaba recostado, en pie, sobre los bordes de una consola, en el mismo estado de perplejidad y preocupación que cuando salió de su casa.

Aquel reto salido de los labios de Rosario Medina hizo el efecto por ella buscado, y como si un hilo eléctrico hubiese rozado los nervios de Félix Romero, éste se adelantó hacia ella, y con un tono de quejumbrosa ironía (esta es la frase), comenzó diciendo:

- ¡El tema del amor es viejo y anticuado!.. ¿No ha dicho usted eso?.. ¿Y por qué ha dicho usted eso, Rosario?.. ¿Dónde lo ha leído usted? ¿Quién se lo ha dicho?.. Nadie... Eso no puede decirse, ni menos escribirse. El amor es la misma vida, y la vida siempre es nueva, el día no envejece nunca; siempre es nueva la luz, nuevo el sol y nuevo el ritmo con que las horas regalan nuestros oídos... Y puesto que esa música, ese canto divino y ese poema de luz es la vida, es el AMOR, éste no envejece, no, Rosario; lo que envejece, lo que esteriliza, lo que muere, son los seres; el alma, la savia, la poesía de esos seres, subsistirá siempre.

Rosario le escuchaba con indiferencia primero, con atención después; ahora parecía sugestionada, pendiente de las palabras de Félix Romero.

El, el artista, y no el amador, el creador, y no el enamorado, seguía ante ella accionando, gesticulando, moviéndose, en un círculo de tres metros, de acá para allá, hablando con una verbosidad nerviosa, cual si un raudal de palabras, de ideas, bajasen atropellándose á sus labios.

- A usted, pobre solitaria de la vida, pobre huérfana de amor; á usted, que vive sin *vida*, viene mi amor á ofrecérsela, mis ilusiones á dorársela, mi fe á prestarle calor, mis labios á cantarle la dicha, mis ojos á acariciarla, mis brazos á defenderla...

Y como poderosos imanes, los ojos grandes y negros de Félix Romero parecían atraer hacia sí la figura hermosísima de Rosario que, anhelante, temblorosa, parecía ceder á aquella fuerza removiéndose en su asiento.

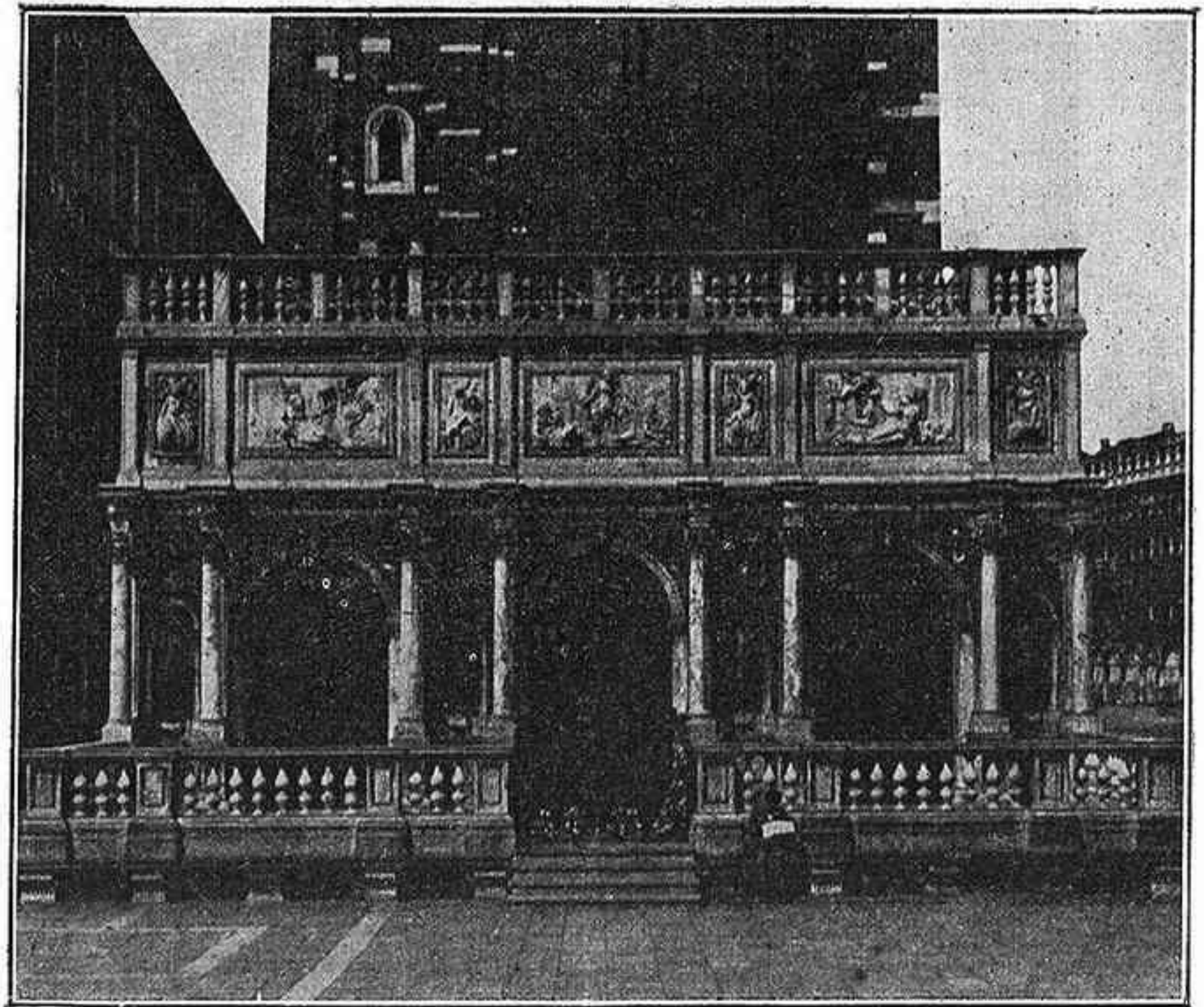
- Yo venceré, Rosario, yo venceré... Yo rasgaré esa nube de dudas que vela su rostro; esa valla que

sus dolorosas inquietudes han levantado entre los dos... En vano me dirá usted que no siente el amor, que no ha nacido en usted; sí ha nacido, sí ha brotado; usted no puede, no sabe ocultarlo; lo sacrifica usted, lo acalla, le hace enmudecer; pero flota, herido, dolorido y todo, sube á sus ojos y viene á saludarme cuando nos encontramos, cuando nos despedimos... ¡ah! entonces, cuando nos separamos, á trueque de que le maltrate usted con menos piedad, se le escapa á usted por los ojos y viene á despedirme hasta lo hondo de la calle...

De los ojos de Rosario pugnaba por salir un borbotón de lágrimas.

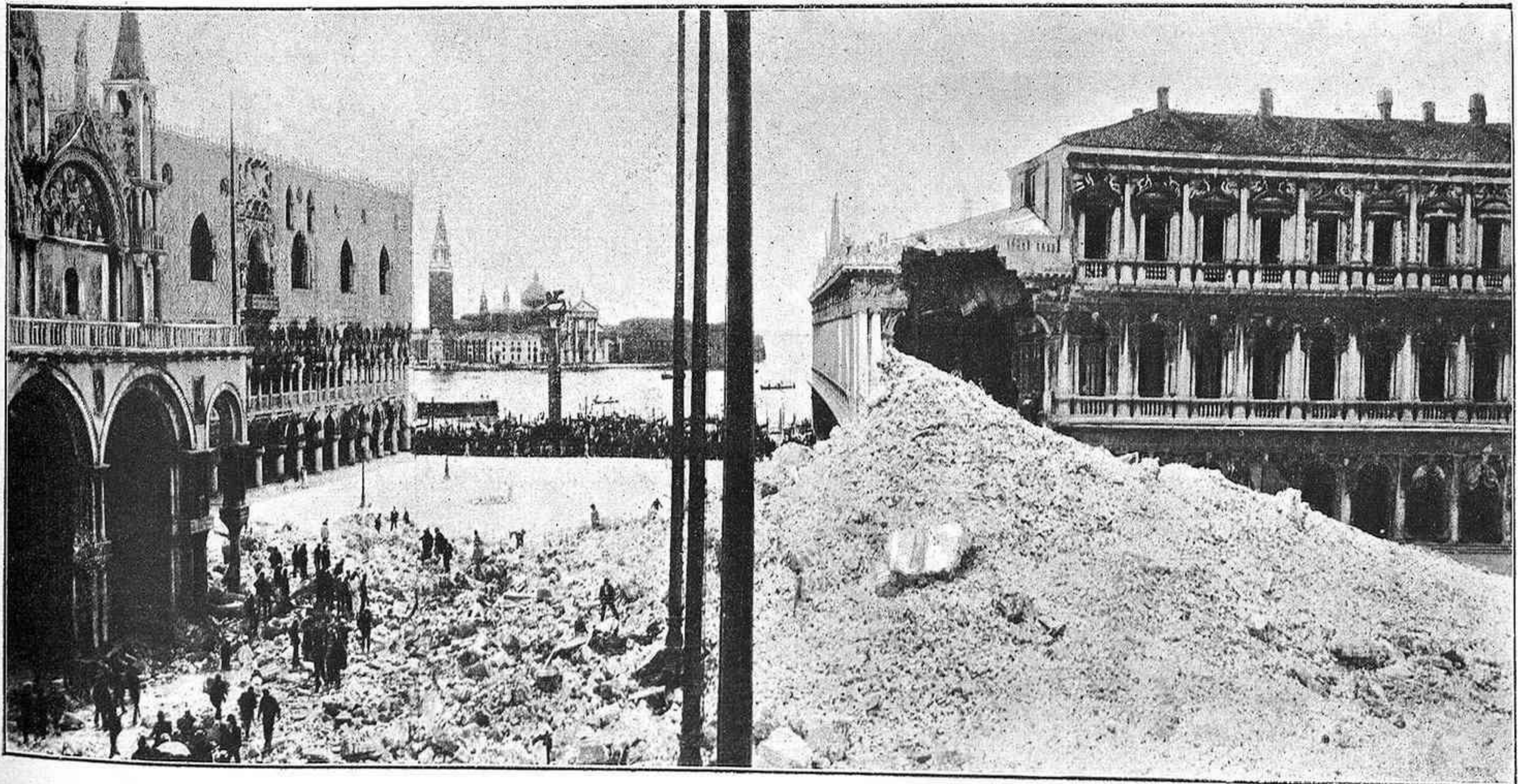
Rojo el semblante, alterada su voz y sus facciones, Félix Romero avanzaba en su obra.

- Nada puede alterar la ley divina: el mar, con sus gigantes olas, rompe las duras rocas que le atajan sus pasós... El amor, con su divina fuerza, con



VENECIA. - LA LOGETTA DE SANSOVINO, AL PIE DEL CAMPANILE DE SAN MARCOS (de fotografía de T. Filippi, Venecia, remitida por Carlos Abeniocar)

su poder supremo, pasa por encima de las creencias y de las dudas, agosta religiones escépticas y tala de raíz cuantos brotes de sentimentalismo desilusionado encuentra al paso... Es una planta nueva, una alborada de emociones, un plantel de esperanzas que llena de tallos azules la savia vivificadora y espléndida de nuestros espíritus... Abra usted, Rosario, la puerta de su pecho; abra usted á ese germen divino que golpea con fuerza por salir á la luz y abrazarse á estos brazos que le esperan abiertos... Míreme usted bien, Rosario, míreme usted bien: simbolizado en mí, mírelo usted palpitando de emoción, anhelante, tembloroso; mírelo usted en mis ojos, en mis labios, en el eco ronco de mi voz, en todo mi ser... es él, es el amor supremo que le lla-



VENECIA. - ASPECTO DE LAS RUINAS DEL CAMPANILE DE SAN MARCOS (de fotografía de T. Filippi, remitida por Carlos Abeniocar)



LA VIOLETA, cuadro de G. Schrodter





A ORILLAS DEL MAR, dibujo de J. Francés

ma, que le espera, que le bendice y le ofrece vida por vida, alma por alma... Venga usted, Rosario, venga usted á mis brazos...

Y con la grandiosa inspiración del genio iluminado, dibujaba en su frente la línea de las contorsiones, y empapada de sudor su hermosa cabeza de artista, Félix Romero, abiertos los brazos, avanzó un paso hacia Rosario.

Ella entonces, cual si el espolazo de la sangre le hubiese estremecido con más fuerza, levantóse de su asiento, y con una sonrisa llorosa exclamó recogiendo los brazos de Félix Romero:

— Ese es..., ese..., ese es el amor de mis amores...

Apenas los brazos de Rosario cayeron sobre los del artista, éste retrocedió instantáneamente, y con una sonrisa de suprema alegría y un tono que aunque parecía cariñoso era de soberbio y velado desdén, dijo así á Rosario Medina mientras se enjugaba su empapado rostro.

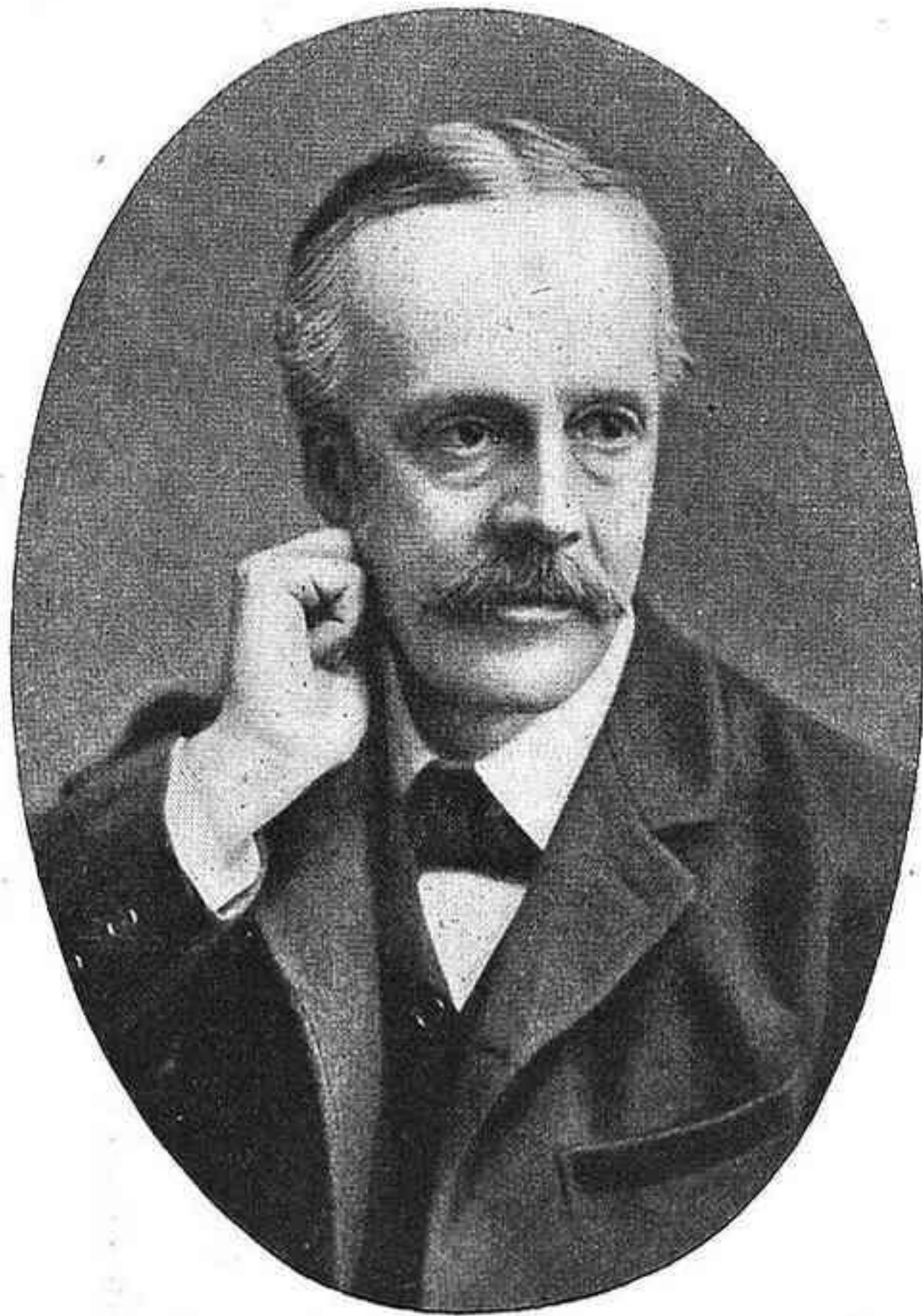
— ¡Basta, mi querida Rosario!.. Creo que triunfaré... Obediente al mandato de mi inspiración, ha hecho usted perfectamente el papel de la dama... ¿Qué tal, qué tal le ha parecido á usted el primer cuadro de mi comedia?..

E. ALBERTO CARRASCO.

### NUESTROS GRABADOS

**Banquetes populares en Londres.** — Con motivo de la coronación de Eduardo VII de Inglaterra, preparáronse varios banquetes populares monstruos para cuatrocientas mil personas. La enfermedad del rey fué causa de que se suspendieran todos los festejos dispuestos, exceptuándose únicamente los expresados banquetes, los cuales se celebraron en diferentes locales al aire libre transformados en una especie de tiendas de campaña. Inútil es describir la alegría que reinó en aquellos agapes, tanto más cuanto que el mismo día en que se verificaron publicóse el parte oficial de los médicos que asistían al monarca, diciendo que éste se hallaba fuera de peligro. Los príncipes de Gales recorrieron muchas de aquellas tiendas, siendo en todas ellas aclamados con entusiasmo. El grabado que publicamos en la página 494 reproduce uno de esos banquetes, el que se celebró en Marylebone, y da perfecta idea de lo que debieron ser y del pintoresco espectáculo que ofrecieron.

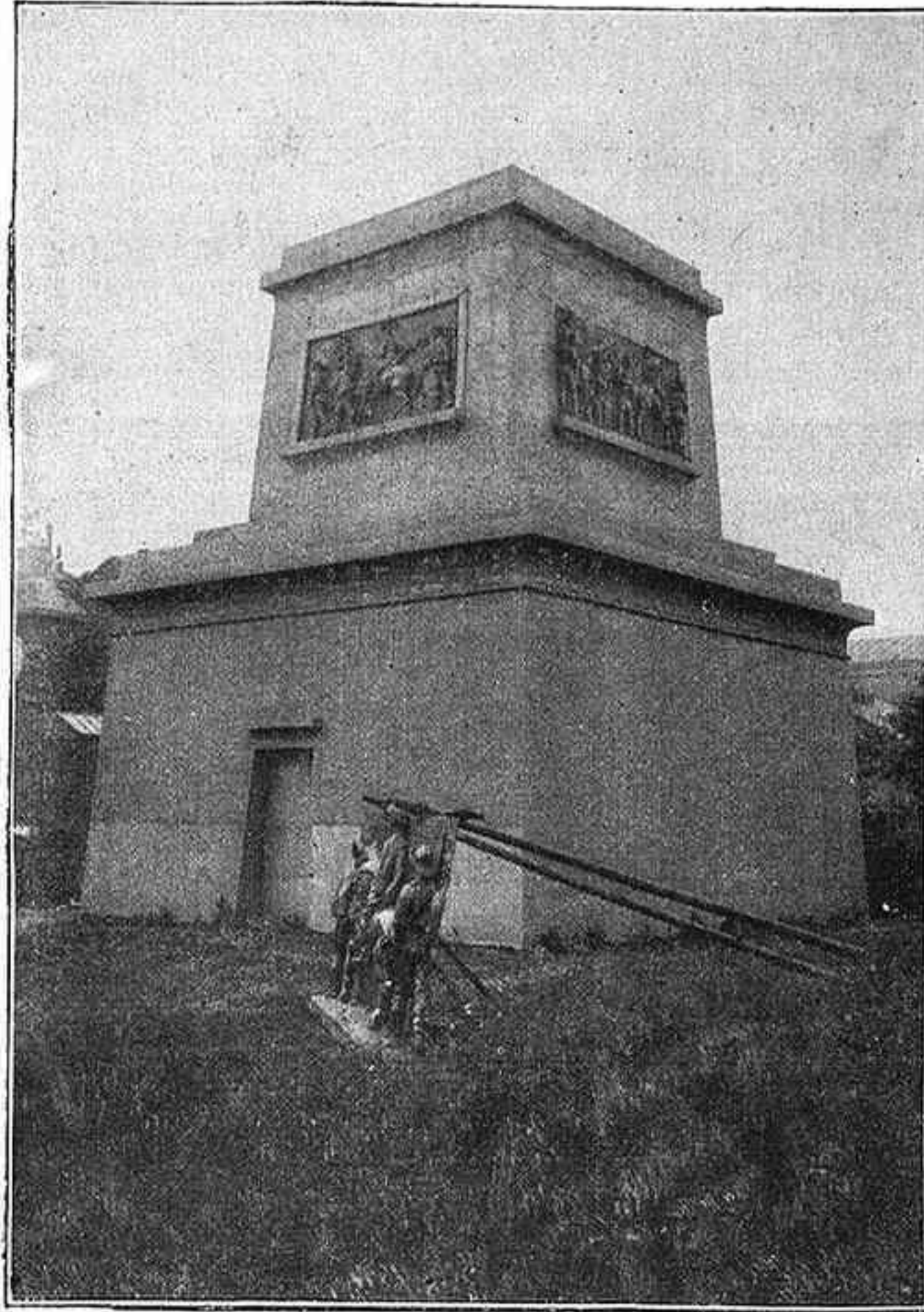
**Lord Arturo Balfour.** — El sucesor de lord Salisbury en las funciones de primer ministro de Inglaterra es su propio sobrino, lord Arturo Balfour, primer lord de la tesorería y *leader* del partido ministerial en la Cámara de los Comunes. Nació en 25 de julio de 1848 y forma parte del Parlamento desde 1874. Entró en el Ministerio de Negocios Extranjeros como secretario de lord Salisbury, durante el período difícil de 1878 á 1880, época en que se negociaba el tratado de Berlín. Fué ministro por primera vez en 1886, como secretario para Escocia, puesto que desempeñó hasta mayo de 1887, y en noviembre se le nombró secretario de Estado para Irlanda. En 1898, durante la enfermedad del primer ministro, encar-



LORD ARTURO BALFOUR,  
nuevo primer ministro de Inglaterra

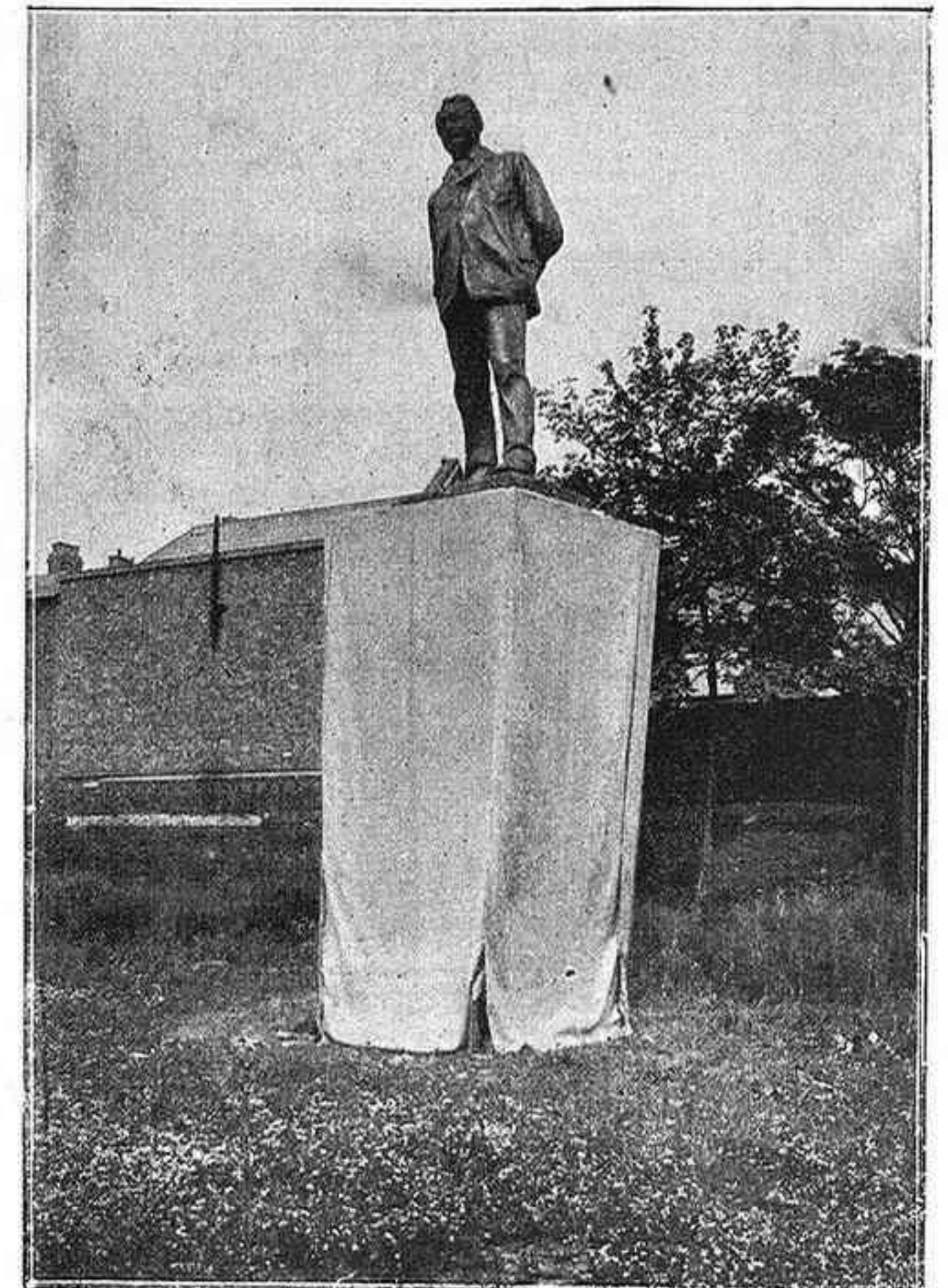
góse de la dirección de los negocios extranjeros, demostrando en aquella ocasión las dotes de tacto y de habilidad á que debe su nombradía. No sólo como político, sino además como gran orador, como filósofo y como erudito, se ha distinguido el actual primer ministro inglés, y su obra reciente *Los fundamentos de la fe*, traducida ya á varios idiomas, ha sido uno de los libros de filosofía religiosa que más han llamado la atención en estos últimos tiempos. En cuanto á la política que adoptará lord Balfour, es opinión general en Inglaterra que no variará esencialmente la orientación seguida por su antecesor.

**Pedestal y estatua del monumento á Cecilio Rhodes.** — El pueblo inglés, ó por lo menos una parte muy importante del mismo, ha hecho de Cecilio Rhodes un ídolo y un héroe. No discutiremos la mayor ó menor razón de los que en tan alta estima tienen al causante de una de las más injustas guerras que los anales de la historia registran; pero sí debemos decir que después de su muerte, más que durante su vida, se ha podido apreciar que en medio de sus errores, de sus ambiciones, de sus egoísmos y si se quiere de sus crueldades, el llamado Napoleón del Cabo supo inspirarse siempre en una



inmensa superficie azulada; su atención está fija en la tierra, donde tiene tendidos sus anzuelos, en los cuales no será difícil que se prenda algún pez, porque el cebo de su sonrisa graciosa, de su expresiva mirada, de su figura gallarda es de los que atraen irresistiblemente y se muerden con deleite.

En la terraza del balneario, dibujo de Angel Huertas. — Francamente confesamos que no comprendemos



PEDESTAL Y ESTATUA DEL MONUMENTO QUE SE HA DE ERIGIR Á CECILIO RHODES EN MATOPPO HILLS

idea levantada, el engrandecimiento de su patria, el predominio de Inglaterra en el Africa del Sur. En aquellas lejanas regiones está enterrado Rhodes, y sobre su tumba, situada en la cumbre de Matoppo Hills, se ha de erigir un monumento que perpetúe su memoria. El pedestal que ha de servir para este monumento había sido encargado por Cecilio Rhodes para el que proyectaba erigir al mayor Wilson, y está modelado por John Tweed, autor también de la estatua que sobre aquél ha de alzarse.

**Venecia. Derrumbamiento del campanile de San Marcos.** — El campanile de San Marcos, que se derrumbó á las nueve y media de la mañana del día 14 de los corrientes, era uno de los más interesantes monumentos de Venecia; sus cimientos databan de fines del siglo IX y hasta 1150 su altura no era más que la mitad de la que tuvo después; habiendo quedado terminado, en la forma que últimamente tenía, en 1510. Al pie de la torre estaba la famosa *loggetta* de Sansovino, edificio de elegancia suntuosa y de una riqueza de tonos admirable, abierto sobre una terraza baja rodeada de una balaustrada, con preciosos bajos relieves en mármol y las estatuas en bronce de Palas, Mercurio, Apolo y la Paz. Esta joya artística ha quedado también destruída, y milagro ha sido que al venir abajo el campanile no haya ocasionado inmensos daños á la portada de la iglesia de San Marcos, de la que sólo le separaba una distancia de diez metros.

**La violeta, cuadro de G. Schrodter.** — A pesar del realismo hoy imperante, la alegoría y el símbolo no han muerto; lo que han hecho ha sido sufrir una transformación radical. En nuestros tiempos sólo como excepción y casi únicamente en el género decorativo se producen las composiciones imaginativas que en otras épocas prevalecieron y en las que la idea aparecía expresada en formas puramente convencionales; los artistas modernos buscan la verdad, aun para los asuntos que menos á propósito parecen, y el símbolo, la alegoría se presentan ante nuestros ojos encarnados en personajes de carne y hueso, que entre nosotros y como nosotros viven. *La violeta* del notable pintor alemán Schrodter es una muestra excelente de este género: la flor que simboliza la modestia está perfectamente personificada por una bellísima joven, en cuyo rostro y en cuyo continente se reflejan las cualidades de la florecilla que se oculta á las miradas indiscretas, pero cuya fragancia la vende descubriendo su presencia por mucho que se esconda.

**A orillas del mar, dibujo de J. Francés.** — La medicina, la higiene y la moda de consuno han hecho de los baños una costumbre poco menos que universal, y ya no son únicamente las personas acomodadas las que á esta costumbre rinden culto, sino que hasta las clases más humildes hallan medio de satisfacer en verano la necesidad de poner sus cuerpos en remojo. Esto ha hecho que las playas se clasifiquen en aristocráticas y democráticas, según la concurrencia que las frecuenta; pudiendo asegurarse que en las primeras el baño es lo de menos, ya que á ellas va la gente, más que á otra cosa, á ver y á ser vista, á lucir trajes y adornos, y no pocos á pescar... en el sentido figurado de la palabra. La linda joven que el distinguido artista madrileño J. Francés nos presenta en su dibujo no parece preocuparse gran cosa de la acción saludable del agua marina, ni siquiera de la belleza incomparable de la

manera de veranear de cierta gente: para nosotros el veraneo debería significar un período de descanso de las fatigas del trabajo ó de las preocupaciones y cuidados de la vida social activa de las grandes ciudades, y para ello nada más á propósito que un lugar tranquilo, ameno, apacible, en plena naturaleza, donde el ánimo se repose y el organismo recobre el vigor perdido, respirando á plenos pulmones el aire embalsamado del bosque ó las salobres emanaciones del mar. Hacer lo que los protagonistas del dibujo de Huertas, dejar la capital para proseguir, corregida y aumentada, la existencia que en aquélla llevarán, pendientes de las exigencias de la moda, mudando á cada hora de traje, pensando en la función de hoy, en el baile de mañana, haciendo vida de casino, acostándose con el alba y levantándose á medio día, será todo lo *smart* que se quiera, pero maldito lo que con ello ganan el alma y el cuerpo y maldito lo que tiene todo esto de común con el veraneo en la buena acepción del vocablo.

**La Primavera poniendo en fuga al Invierno, pintura mural de Enrique Lefler.** — Recientemente se ha inaugurado en Viena una cervecería en cuya decoración han intervenido notabilísimos pintores. Entre las varias pinturas murales que en ella se admiran figura la bellísima composición que en la última página reproducimos y que es una alegoría del triunfo de la Primavera sobre el Invierno, muy bien concebida y ejecutada con una corrección y elegancia admirables.

### MISCELÁNEA

**Bellas Artes. — Turín.** — Con el producto de algunas veladas artísticas celebradas en el Teatro Regio de Turín por los artistas torineses, se ha constituido un capital cuyos réditos importan cada cuatro años la suma de 5.000 liras, que ha de ser entregada á la mejor obra de escultura ó de pintura que concorra á las exposiciones quadriennales que en aquella ciudad se verifican. Este año ha sido concedido dicho premio por unanimidad al escultor David Calandra, autor del hermoso monumento al príncipe Amadeo de Saboya que reprodujimos en el número 1.068 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

**Teatros. — París.** — Se ha estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *Le Passé*, comedia en cuatro actos de G. de Porto Riche.

**Neurología.** — Han fallecido:

Guillermo Engelhard, decano de los escultores alemanes, discípulo de Thorwaldsen y Schwanthaler, ex profesor de la Escuela Superior Técnica de Hannover.

Hervé Augusto Faye, célebre astrónomo francés, presidente permanente de la Comisión internacional de geodesia, decano de la Academia de Ciencias de París.

Alejandro de Reinholdt, notable literato ruso. Hermán Schiller, notable pedagogo é historiógrafo alemán, autor de importantes obras históricas, sobre todo de la antigüedad romana.

Augusta Schmidt, una de las más ilustres propagadoras del movimiento femenino en Alemania, fundadora de la «Asociación para la ilustración de la mujer», de Leipzig, presidenta de la «Federación alemana femenina.»

EL FILÓN

NOVELA ORIGINAL DE M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO.— ILUSTRACIONES DE S. AZPIAZU

(CONCLUSIÓN)

Quedó Alfonso silencioso durante breves momentos, como si contemplara aquellas figuras simbólicas, y después continuó:

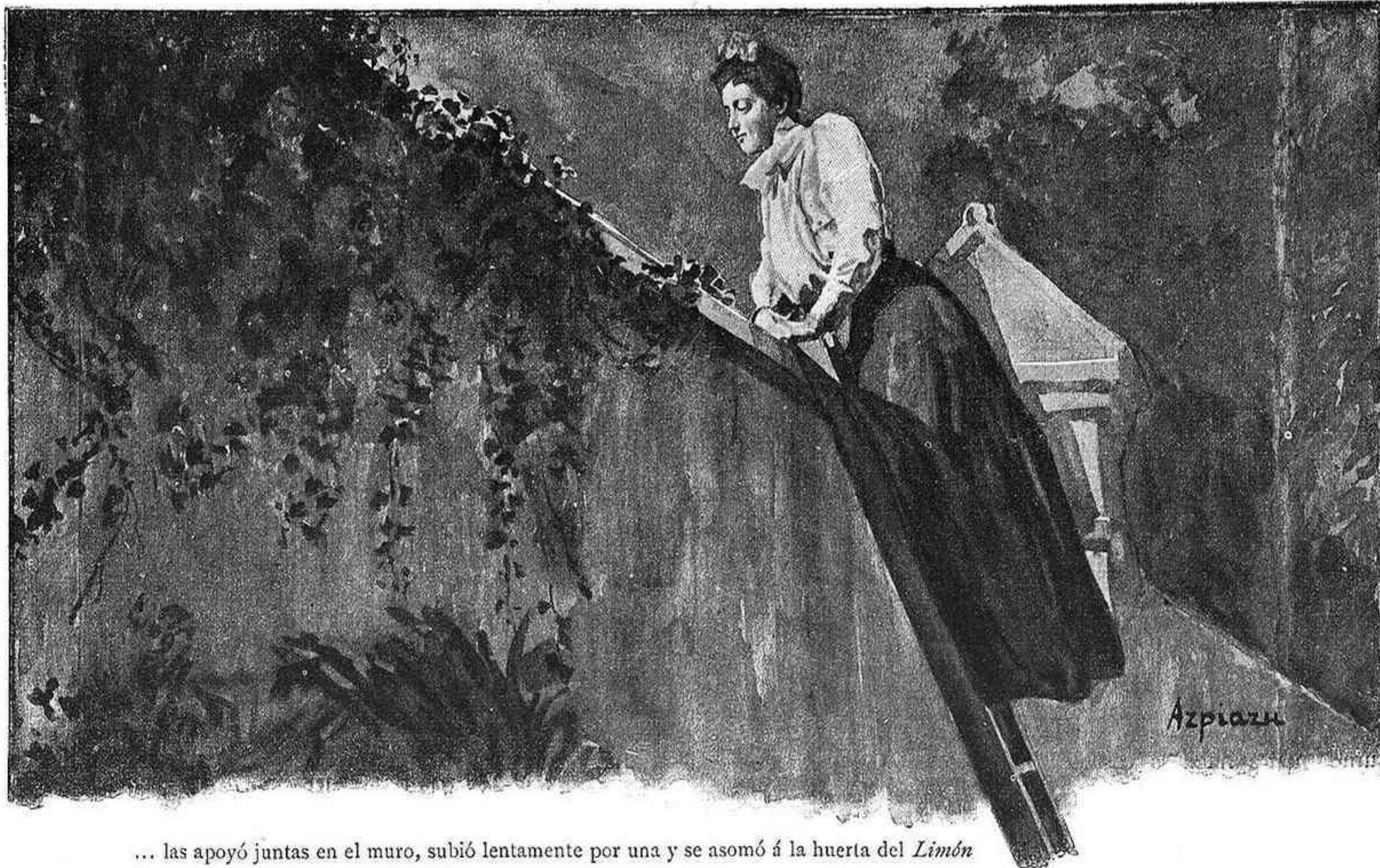
— Y allí, en el corazón de la tierra, golpeaba entonces, furioso, desesperado, y saltaban las chispas del acero al cochar contra el terruño, como del rayo

— No, padre, no, contestó Alfonso como si saliera de un sueño penosísimo; tienes razón, ya pasó todo.

— Bien; hablaremos de este asunto aún; puedes suponer que no voy á satisfacerme tan pronto... ¡Ea! Ahora á cenar y luego á dormir; estarás muy cansa-

otra vez en su pensamiento, creí entrever al despedirme de ella una concesión tácita; la vi llorar, y me lo dijo besando unas flores que yo acababa de darle...

— Sí, el ramito de violetas, exclamó el viejo sin poder contenerse.



... las apoyó juntas en el muro, subió lentamente por una y se asomó á la huerta del Limón

de mis ojos hubiera yo querido que saltase fuego para abrasar á la tierra que me repelía... ¡Y entonces lo conseguí!.. Lo conseguí porque la fe, porque la perseverancia no me abandonaron. ¡Era el filón! ¡El manantial inagotable! ¡La espada vencedora que al fin podría ser esgrimida para destruir de un solo golpe la calumnia, la envidia, la indiferencia! ¡Para destruir los desalientos y las desconfianzas! ¡Para destruirlo todo! ¡Era el filón! ¡Era la verdad! ¡Allí estaba! ¡Y después, la fortuna, el poderío!.. ¡Y mi honra, padre! ¡La honra de tu hijo, que quedó incólume y subió alto, muy alto, cuando iba á morir sepultada en la última, en la más honda capa de la tierra!

Fueron sus últimas frases secas, desgarradas, como crujir de tronco que el rayo hiende por en medio. Al decirlas, cayó en los brazos de su padre como sin vida. Le acogió el viejo sin decir nada entonces; ni una palabra, ni un ademán, ni un suspiro. Todo, hasta la misma demostración de su sentimiento, de su entusiasmo, le hubiera parecido una impiedad en aquel instante; la naturaleza pareció callar también todos sus misteriosos ruidos ante aquel grupo hermoso, representación de la vida; las flores inclinábanse en sus tallos como diminutos, misteriosos seres, ávidos de oír aún en boca del hombre aquel himno ardiente al trabajo, Dios grande que le redime; las brisas parecieron oír también, calladas entre las frondas, aquel canto singular, nunca oído; hasta las aguas del pilar borbolaron y deslizábanse por el diminuto canalillo con recogimiento singular para no interrumpir el solemne reposo de aquellas dos almas que se fundían; la luna, en la inmensidad silenciosa, apagando con su brillo el de los otros mundos más lejanos, vertía su luz sobre la tierra como una bendición santa, y los montes, los arroyos, los árboles, la naturaleza, en fin, parecían doblar la frente alabando á Dios con esas mil plegarias misteriosas del silencio.

XII

— ¡Ea! ¡No hay que sufrir por lo pasado, exclamó al fin el viejo calmamente. ¿Será preciso inspirarte valor ahora?

do... Mañana te enseñaré la huerta; verás qué flores, y mira, añadió de pronto con mucha naturalidad; ahora que me acuerdo, te haré una pregunta... Es cosa de mucha importancia, no creas.

— Me pones en cuidado. ¿Qué es ello?

— No es tampoco para alarmarse; pero oye: en tu historia entrecogí algunas palabras... Una peregrina visión, como otro imposible, iba deslizándose ó escondiéndose delante de ti en los rincones y las encrucijadas, como el genio misterioso de las minas.

— ¡Oh, padre!, murmuró Alfonso confundido.

— ¿Hay, pues, en el mundo una mujer que es para ti tanto como la vida, cuando en trances tan supremos piensas en ella?

— No te engaño, es verdad, contestó Alfonso apenadamente.

— ¿Por qué esa pena? ¿Tanto la amas?

— No sé decírtelo; pero el triunfo, la misma vida, todo es inútil para mí sin ella... ¡Y ella!..

— ¿Qué vas á decir, muchacho? ¿Que ella no te quiere? No seas tonto. A un hombre como tú le quiere todo el mundo.

Y el viejo se echó á reír, pensando en la singular coincidencia que le hacía tener en sus redes á los dos más bellos tórtolos que cantaran amor en el mundo.

El gran hombre decía reflexivo:

— ¡Tengo mis dudas; no todos han de pensar de mí como tú, padre... Se trata de un espíritu superior; bajo una apariencia frívola, hay allí un carácter pensador y fuerte...

Y el viejo, mirando con disimulo hacia la tapia, murmuró aludiendo á Matilde:

— ¡Ya verás!.. ¡Ya verás, muñequita!

Alfonso continuaba:

— Pero hay algo que me atormenta, padre; orgullosa de su nacimiento, no es lógico que quiera unir su destino al mío. No sabes hasta qué punto la absorbe esa estúpida preocupación de las razas...

— ¡Dímelo tú á mí!, exclamó el viejo ingenuamente.

— ¿Qué dices?, preguntó Alfonso admirado.

— Nada, nada, continúa, repuso el viejo con fingida impasibilidad, disimulando así su indiscreción.

— Sin embargo, prosiguió Alfonso absorbiéndose

— Pero, padre, ¿qué dices?

Le miró aturdido, de un modo tan cómico, que hubiese hecho reír á cualquiera en aquel momento. Pero el tío Claudio, sin ganas de reír, renegando interiormente de sus indiscreciones, añadió con mucha candidez:

— Bueno, sigue..., anda.

— ¡Pero es que fué un ramo de violetas lo que le dí!

— ¡Ah..., conque fueron violetas! «¡Válgame Dios, qué apuro!»

El viejecillo salió de él añadiendo admirativamente:

— ¡Para que veas, hombre; para que veas lo que es la experiencia de un viejo! Hasta adiviné la clase de flores que le diste... Vamos, anda... ¿Qué te dijo?

Le pareció al gran hombre que la experiencia de su padre era ya mucha; pero sin fijarse más en este detalle, exclamó melancólicamente:

— ¡Me parece oír! «Tenga usted fe; vencedor ó vencido, le espera un alma honrada, con alegrías para sus alegrías; con lágrimas sinceras, de pesadumbre, para sus pesadumbres.»

El tío Claudio pensó al oír lo que antecede:

«¡Digo, supo engancharmelo bien, la muy gitana!»

— En medio de mis triunfos, prosiguió Alfonso entregado á sus recuerdos, contigo iba ella en mi corazón y en mi memoria. No me atrevía á escribirla algunas veces... No pude otras, en el mortal conflicto en que vivía... La busqué ansioso al regresar á Madrid y no pude verla; me recibió su tutor; creí morir cuando me dijo que estaba ausente... Aunque le vi vacilar, no quiso decirme su residencia. ¡Ella se lo encargó, es seguro!.. Inútilmente he buscado... ¡Ya ves, padre! Si al despedirnos pude abrigar alguna esperanza, lo que es á mi regreso no puede estar peor el asunto... No, no me es posible vivir en esta incertidumbre. Me aguardabas y he venido; pero eres bueno y me dejarás partir otra vez, me dejarás ir en su busca, añadió exaltadamente; me dejarás cumplir mi gloria, ¡padre!, buscando ese otro filón más bello y más rico que ninguno... Agua cristalina, de la que mi corazón sediento quiere beber, para no vivir ahogándose.

— ¡Muy bonito!, exclamó el tío Claudio en el tono que usaba para hacer rabiarse á Matilde. Esto es lo malo que tienen los grandes hombres, señor; en enamorándose, son unos simples como todos los demás.

— Sí, sí, padre, ya lo sé... Pero me dejarás ir, ¿no es cierto?

— ¡Calma, hombre, ten calma..., que ya parecerá tu marquesa!

— ¿Qué dices?, clamó el pobre ardentemente. Repítelo... ¡Habla por Dios! ¿Por qué has dicho *mi marquesa*?... ¿Por qué lo has dicho en ese tono?

— Pero ¿dónde vas á parar, muchacho? Dije tu marquesa porque es lo menos que tú te mereces. Lo que es por mí, ni con una reina tendrías bastante.

Alfonso quedó abatido; el viejo proseguía animándole:

— ¡Ea, á cenar ahora, y á descansar seguidamente! Mira, antes que te duermas iré á darte un ratito de compañía como en otros tiempos.

— Sí..., sí, dijo el *gran hombre* resignándose.

Se dieron otro abrazo. El joven alejándose.

— Y no te apures, añadió el tío Claudio socarronamente.

— ¡Pero me admiras, padre!, gritó Alfonso deteniéndose como sobrecogido.

— ¡Silencio!

— Pero ¿qué pasa? ¿Quieres explicármelo, por Dios?

Y volvía otra vez hacia su padre.

— ¡Silencio... y á la camita en cuanto cenes!, contestó el tío Claudio en un tonillo que intrigaba al *gran hombre* de un modo profundo.

— Bien, hasta luego.

Y alejándose otra vez resignadamente.

— Tardaré poco; mientras doy algunas órdenes nada más.

Y prosiguió en seguida alzando la voz, porque Alfonso estaba ya algo distante.

— En tu cuarto hallarás una cosa de muy dulces recuerdos.

— ¿De dulces recuerdos?, repitió Alfonso como si tratase de adivinar y deteniéndose nuevamente.

— ¡Tu Stradivarius! ¡El regalo de la pobrecita que murió!

— ¡Ah..., voy..., voy!, gritó Alfonso conmovido.

Y avanzó apresuradamente hacia la casa. El tío Claudio le habló aún.

— ¿Te acuerdas del vals de la vida?

Y se oyó lejana la voz de Alfonso, dejando en el silencio de la noche un eco dulce, de suspiro.

— Me lo enseñó mi madre... ¿Quieres que lo haya olvidado? ¡Ya verás! ¡Ya verás!

Necesitaba el viejo quedarse solo para reflexionar bien en aquel asunto magno en que se había metido; no era de cualquier cosa, era de la felicidad de Alfonso de lo que se trataba. Sin creer en augurios, aquella coincidencia que había reunido allí á la muñequita feudal y al *gran hombre*, tenía encantado; por lo pronto, lo primero que pensó, no menos feliz, fué que el *gran hombre* correspondía al amor de Matilde noble y lealmente, como era de esperar por su índole caballerosa, y por merecerlo ella. ¿Eran dignos el uno del otro? ¿Serían felices?... El tío Claudio no estaba intranquilo. Bajo el exterior de aquella joven ligera y bulliciosa, sabía él demás, había un alma fuerte y pura. ¡Ah, su hijo la conocía bien!

Las preocupaciones de Matilde, referentes al nacimiento, le inquietaban un poco; pero concebía cierta esperanza pensando que Matilde no pasó junto á él algunos meses inútilmente; llevó muy duras lecciones; y el carácter de la muñequita no era de los que dejan pasar las lecciones sin aprovecharlas. Inspirábase desde luego bastante tranquilidad la lección última, cuyos resultados iba á saber muy pronto, puesto que su hijo estaba ya en el *Limón*. ¿Qué diría Matilde cuando supiera que el hombre de su amor, el genial, el fuerte, el alma generosa, el *gran hombre*, en fin, admiración de su época, era el hijo del tío Claudio? Comparó la figura monstruosa de *Troncho*, envuelto en su ridícula indumentaria, con el tipo noble de Alfonso, su belleza varonil, sus ademanes llenos de gracia y distinción, y gozaba como un niño al pensar en el efecto que la estupenda nueva iba á producir á la odiosa muñequita.

Paseábase absorto en sus reflexiones. Bien, pero ¿cómo dispondría las cosas para el primer encuentro? Era importantísimo prepararlo bien; que pareciese todo muy natural. Era la prueba grande y única á que el amor de Matilde iba á ser sometido.

Detúvose en esto junto al macizo de claveles; se acordó entonces de las trampas. Si hubiera dado un paso más, cae. Para evitar este peligro sentóse en un banco. Pensó en los claveles... ¿Quién sería el ladrón? Estaría bueno que se presentara aquella noche.

La noche era hermosísima; un venticillo húmedo, saturado de perfumes, henchía los pulmones del

viejo, alegrándole y rejuveneciéndole. Sonreíase de su fortuna; confiaba siempre en Dios.

Cerró los ojos un momento y pensó en su mujer; las figuras de Matilde y Alfonso uniéronse á ella en su cerebro, girando allí como chispitas brillantes.

«¡Qué noche!, pensó profundamente conmovido. Llegan hasta mi corazón, fortificándole, estas brisas balsámicas de nardos y claveles; induce á los pensamientos graves esa inmensidad silenciosa poblada de mundos... Esa luz de la luna, ¡de eterno misterio!.. El ruiseñor canta.»

— ¡Oh, sierra, sierra cordobesa mía!, dijo, descubriéndose y mirando al cielo con inefable quietud. A estas horas, y en tus solitarias cumbres, es cuando mejor se comprende la grandiosa comunidad de Dios con el hombre.

Y en el silencio misterioso, los ruidillos del agua borbotando del pilar, parecieron decir suavemente una vez y otra: «¡Amén! ¡Amén! ¡Amén!»

## XIII

A la hora en que se pronunciaron estos *amenes*, soltó Matilde la pluma; acababa de escribir una carta, era para su tutor, contestando á otra que había recibido aquella tarde. Cogió después la carta del tutor; le interesaría mucho uno de sus párrafos, porque lo leyó y releó algunas veces aún... Guardó al fin la carta, sonriéndose... ¡Ah, bien haya el tutor cuyo pupilo, sea mujer ú hombre, sonrío al leer una carta suya, guardándola luego con solicitud! No lo dudéis: ese tutor es un hombre de bien.

¿Qué hora sería?, miró el reloj; las diez. Las diez de la noche en el corazón de la sierra, es una hora que no se concibe; nadie la conoce; á esa hora el mundo duerme... En *Marrubiales* á lo menos, dormían todos, á excepción de Matilde.

Abrió una puertecita del fondo del comedor, y descendiendo dos ó tres peldaños, hallóse en la huerta. Anduvo hacia la tapia famosa, y conforme iba aproximándose, su paso se hizo más sigiloso. Tendidas al pie de la tapia, había dos pequeñas escaleras de mano; las apoyó juntas en el muro, subió lentamente por una y se asomó á la huerta de el *Limón* despacito, con gran cuidado... «¿Qué, ¿me venderás tú?», pensó, mirando á la luna; y la gran cara de madrota complaciente, sonreíale sin hablar. Si la luna la vendía, ¡bueno lo iba á hacer entonces! Subió otro peldaño y detúvose, para observar... ¡Si no hubiese tenido que escribir aquella noche! Si se hubiese asomado antes, ¡cuántas cosas, gran Dios hubiera descubierto!

No vio á nadie. El banco donde el viejecito estaba aún, no se distinguía, medio oculto por una pared de entredaderas, que daban sombra y frescura á este sitio.

Quedó un momento como indecisa; inclinóse después, de pronto; cogió la otra escalera, y pasándola al *Limón*, sin el más ligero roce en el caballete, sin el menor ruido, la apoyó bien sobre la tapia, encontrándose, hecho esto, en el minuto verdaderamente peligroso de tener que pasar ella asimismo. ¡Qué apuro! Latía el corazón con rapidez; en aquel momento sentía una inquietud regular, como si de veras fuese á cometer un robo. Salíó al fin del empuño con menos trabajo del que hubiera podido pensarse. ¡Ah, muñequita! Conocíase bien; no era la vez única que había pasado aquel Rubicón. No se había sentido ni el roce siquiera de la falda.

Descendiendo por la escalerita, entregábase á reflexiones muy graves, temblando y sonriente; gozando con anticipación del mal humor del viejo al otro día, y temerosa de que la sorprendieran. No sabía explicárselo aún, pero llegó á tomar verdadero cariño al tío Claudio, ¡aquel viejecito de arranques tan feroces... y de corazón tan bondadoso!.. Le divertía hacerle rabiarse como se les hace rabiarse á los niños: para colmarles después de caricias. Sí, aquella noche, se los llevaba también y serían los más hermosos; los había visto perfectamente por la tarde. Acabó de bajar y anduvo con gran cuidado el trecho que la separaba de los claveles... Pero al otro día, muy temprano, cuando estuviera el viejo con el sofá, le mandaría los tulipanes, todos aquellos tulipanes que á él tanto le gustaban, y un billete muy perfumado, diciéndole: *Obsequio á su mortal enemigo*. Y la firma: *La ladrona de sus claveles*.

Le faltó poco para soltar la risa, pensando en la escena; pero contúvose á tiempo. Se había detenido junto al macizo, en la espesa sombra formada por unos árboles. ¡Ah, muñequita feudal! Ella no sabía que un momento de descuido puede perder al batallador más famoso. «¡Ea! ¡Manos á la obra! Dió un paso... Dió otro paso... En el silencio augusta de la noche, únicamente sentíase el ruidillo del agua, borbotando del pilar... ¿Estaría diciendo *amenes*

todavía? ¿Estaría tal vez aconsejando á la incauta que retrocediera?

Dió otro paso... ¡Cielos! La punta del menudo piecico, tocaba ya una horrible trampa de aquellas... Pero quedó inmóvil, extática, con una palidez de muerte. Había llenado los aires de pronto un raudal divino de notas. Eran las notas de un violín... No, no fué la seguridad, la maestría de la mano que arrancaba aquellas notas, lo que la dejó paralizada como muerta, trastornando en un segundo todas sus facultades; fué la música. ¡Era *el vals de la vida*! ¡Dios poderoso! ¿Había enloquecido de repente? ¿Qué le pasaba? ¡Era el vals, sí, aquel vals tocado por Alfonso en otra ocasión; aquel vals compuesto por una madre para su hijo, que solamente su hijo lo sabía, que su hijo solamente lo tocaba! Pero ¿no era un delirio aquello? Quedó transpuesta, sin respirar, con las manos en el corazón... Sí, era el vals, no dudaba... ¡Ayl!. Pero ¿quién podía tocar allí, en la casa del tío Claudio, con tanta precisión y ternura?... ¿Y quién podría tocar aquel vals, escrito por una santa mujer ya muerta y sólo conocido por Alfonso, que estaba cumpliendo entonces su gran misión redentora, de trabajo, en cualquier parte, la más lejana tal vez del mundo?... ¡Oh, Alfonso, Alfonso!.. Pero ¿qué zozobras eran aquellas?... ¿Qué presentimientos los de su alma?... Y el vals seguía mágico, sugestivo, enloquecedor, imponente de tanta hermosura, más imponente y más bello en la quietud santa de la noche. Las notas llenaban el espacio, sollozantes, risueñas, como ansias sin realizar, como gritos ardientes de amor á la vida y al mundo... ¡Oh, mujeres! Aquel vals fué primero el himno lanzado por una mujer joven que espiraba, y después de muerta, la madre saliendo de su tumba para llorar de amor junto al hijo adoradísimo... El vals seguía... seguía... Pero de pronto se oyó un grito inmenso; la música cesó súbitamente, como copa finísima que se quiebra; el tío Claudio empezó á dar voces; dentro de la casa oyéronse voces también; el jardinero abrió su ventana para disparar desde ella; fué una confusión espantosa. Alfonso, desde un balcón, llamaba á su padre, alarmado. «¡El ladrón! ¡El ladrón! — decía el viejo, — ¡ya ha caído!» Corría todo el mundo... Agustín se presentó con una espada formidable; *Troncho*, con un tranco como un demonio... El *gran hombre*, lanzóse también á la huerta... Y en aquel concertante singularísimo, se destacaba la voz llorosa de la muñequita feudal, pidiendo clemencia al caballero del *Limón*. ¡Ay, sí! La pobre muñequita, que al primer movimiento que hizo cayó, porque era inevitable, en la emboscada que el viejo había preparado al ladrón de sus claveles.

— ¡Tío Claudio! ¡Tío Claudio!

Y la muñequita feudal gemía desolada.

¿Qué era aquello? ¿Quién nombraba al tío Claudio?

Se aproximó el viejo cautelosamente al macizo, y soltó una risa estrepitosa. ¡Había conocido al ladrón!

— ¡Tío Claudio, decía ella, que no lo haré más! ¡Sáqueme usted de aquí! ¡Sáqueme usted, por Dios!

— ¡Conque era usted! Digo... ¡Y la carita mansa que ponía esta tarde hablando de mis pobres claveles! ¡Ah, pérfida!

— ¡No, no soy pérfida, tío Claudio!, clamaba la culpable en tonillo mimoso y doliente. ¡No soy pérfida! ¡No le dije á usted la verdad cuando le hablaba de mí! ¡Era todo broma, como esto de robarle los claveles! ¡Yo no duermo tanto!.. ¡Ni paseo tanto!.. ¡Ni estoy en el tocador tanto!.. ¡Ni hablo tan mal de nadie!.. ¡Yo trabajo mucho en mis labores!.. ¡Yo estudio mucho! ¡Yo hablo mucho de cosas útiles con mi tutor, el otro viejecito bueno!.. Me gusta más eso que todo lo que le dije. ¡Ay, tío Claudio de mi alma! ¡Pero por Dios, sáqueme usted de aquí, que si yo venía en broma por sus claveles, ya era la última vez, y mañana muy temprano iba á descubrirme yo misma y á mandar á usted todos, todos mis tulipanes! ¡Ay, tío Claudio! ¡Tío Claudio! ¡Sáqueme usted de aquí!

— La saco á usted, pero con una condición... ¿Se casará usted con mi hijo?

— ¡Oh, eso nunca!, exclamó la muñequita feudal horrorizada.

— Pero ¿qué ocurre aquí? ¿Qué es esto?, decía Alfonso llegando apresuradamente.

— ¡Alfonso!, gritó Matilde (le reconoció al instante). ¡Dios..., Dios mío!, ¿qué pasa aquí esta noche?

Fué ésta una exclamación inmensa: el asombro y la alegría estuvieron á punto de volverla loca.

¡Divinos cielos!.. ¡Y sin que la sacasen de allí! ¿Qué iba á pensar el *gran hombre*?.. Pero el *gran hombre*, ¿qué hacía en la huerta del *Limón*? ¡Ay, sí!.. ¡Enloquecía! Figúraos por otra parte lo que pasó por Alfonso al conocer á Matilde, la criatura adorada á quien tan lejos y tan oculta creía.

— ¡Matilde!.. ¡Matilde!

Y estrechaba las manos que ella le abandonó inconscientemente, con un feliz aniquilamiento de todas sus facultades.

- Pero ¿qué hace usted aquí, Matilde?

- Cállate, dijo el tío Claudio de repente.

Alfonso detúvose mudo de sorpresa; y el viejo, hablando entonces á la muñequita feudal, añadió riendo con pavorosa perfidia:

- ¿Se casará usted con mi hijo?

«¡Pero padre!» iba á gritar Alfonso.

¡Ay!, no pudo; le impidió el habla y aun el aliento la respuesta de Matilde.

- ¡Horror! ¡Nunca!, había gritado prontamente la triste damita de *Marrubiales*.

¡De buena cosa le iban á hablar! ¡Y estando allí él!.. ¡Su adorado Alfonso! ¡Era feroz aquel viejecillo! Pero Alfonso, el ingrato, salió entonces con un discurso que fué la última y más desacompañada nota.

- Señorita, dijo ahogadamente, no sé qué causas han motivado aquí nuestro encuentro, por parte de usted; tampoco las pregunto; lo que no creí de gran necesidad, era que demostrase usted tan vivamente el horror que la inspira... Y mucho menos... delante de mi padre.

- ¡Su padre!, repitió la Matilde medio loca. Pero ¿no oye usted esto, tío Claudio?

El tío Claudio reía... reía delante de la muñequita feudal con toda su alma, como ella había reído por la tarde delante de Frascuito. El *gran hombre* los miraba á los dos anonadado, confuso, creyendo á su vez que se habían vuelto locos.

- ¡Mi hijo! ¡Sí! ¡Mi hijo!, exclamó al fin el viejo en voz triunfante. ¡Oh, qué desquite!

- ¡Alfonso hijo de usted! Pero... ¿y Troncho?

Y el terrible *Troncho*, que había estado absorto en la contemplación de la escena, adelantó hasta Matilde, sin encomendarse á Dios ni al diablo, en una mano la tranca y la otra mano en el pecho, y dijo ufanamente:

- *Pa servila*; en la cuadra, to lo que sea *menesté*.

- ¡Fuera de este sitio!, le gritó el tío Claudio. ¡Llévatelo, Agustín!

Salieron. Matilde había inclinado la cabeza. Alfonso quiso hablar...

- ¡Cállate!, volvió á decirle el viejecito cómicamente, poniéndose un dedo en la boca.

Y sin reír ya, muy serio, como nunca le había visto Matilde, añadió dirigiéndose á ella:

- A ese que va ahí, que es mi mozo de cuadra, se lo hice pasar á usted por mi hijo... ¡por mi Alfonso!.. ya ve usted qué herejía. Pero fué una lección que se impuso... que no tenía usted más remedio que recibir... ¡Usted lo creyó sin dificultad! Lo creyó por la idea que tienen ustedes, los del linaje *glorioso*, de que los hijos de un pobre diablo como yo - y valga el ejemplo - no pueden ser otra cosa que pobres diablos, ordinariotes..., vulgarísimos. Con toda intención le hice vestir de manera tan ridícula, para asegurarme en mi creencia con ese dato más, tan elocuente. ¡No le extraño á usted que fuera mi hijo un jayán, idiota, vestido de payaso!.. Hablándole usted de la distinción, del talento de este Alfonso que tiene usted delante, decía que eso era propio, aunque yo lo pusiese en duda, de las razas privilegiadas. Y yo reía amargamente; porque sé muy bien que la distinción, el talento, no lo da el haber nacido de estos ó los otros padres, que lo da Dios. ¡Ya ve usted, señora marquesa, lo que es mi hijo!.. Acuérdesse usted, en cambio, sin ceguera, con mucha sangre fría, de los miles de hijos de casas grandes que están en el mundo para risa y ludibrio de los humanos, por ser horribles, mucho más horribles, física... y aun moralmente, que mi pobre mozo de cuadra. Ya ve usted si la lección es profunda, acabó el tío Claudio con tono de gran bondad. ¿Servirá esta vez? Casi lo creo, pues esa linda cabecita está inclinándose más de lo justo, señora marquesa.

Alfonso no intentó hablar ahora, sumamente emocionado; su clara inteligencia concibió, por el discurso del viejo y por la actitud de Matilde, mucha parte de lo que entre los dos había ocurrido. Quería saberlo todo, pero guardó silencio profundo, esperando anhelante la respuesta de Matilde. El viejo esperaba también con la misma ansiedad.

Levantó al fin la cabeza; la luna iluminó entonces con vigor su cara de rasgos purísimos; sus ojos centelleaban misteriosamente bajo las sombras de sus pestañas. Sólo habló esto:

- ¡Conque era hijo de usted, tío Claudio!..

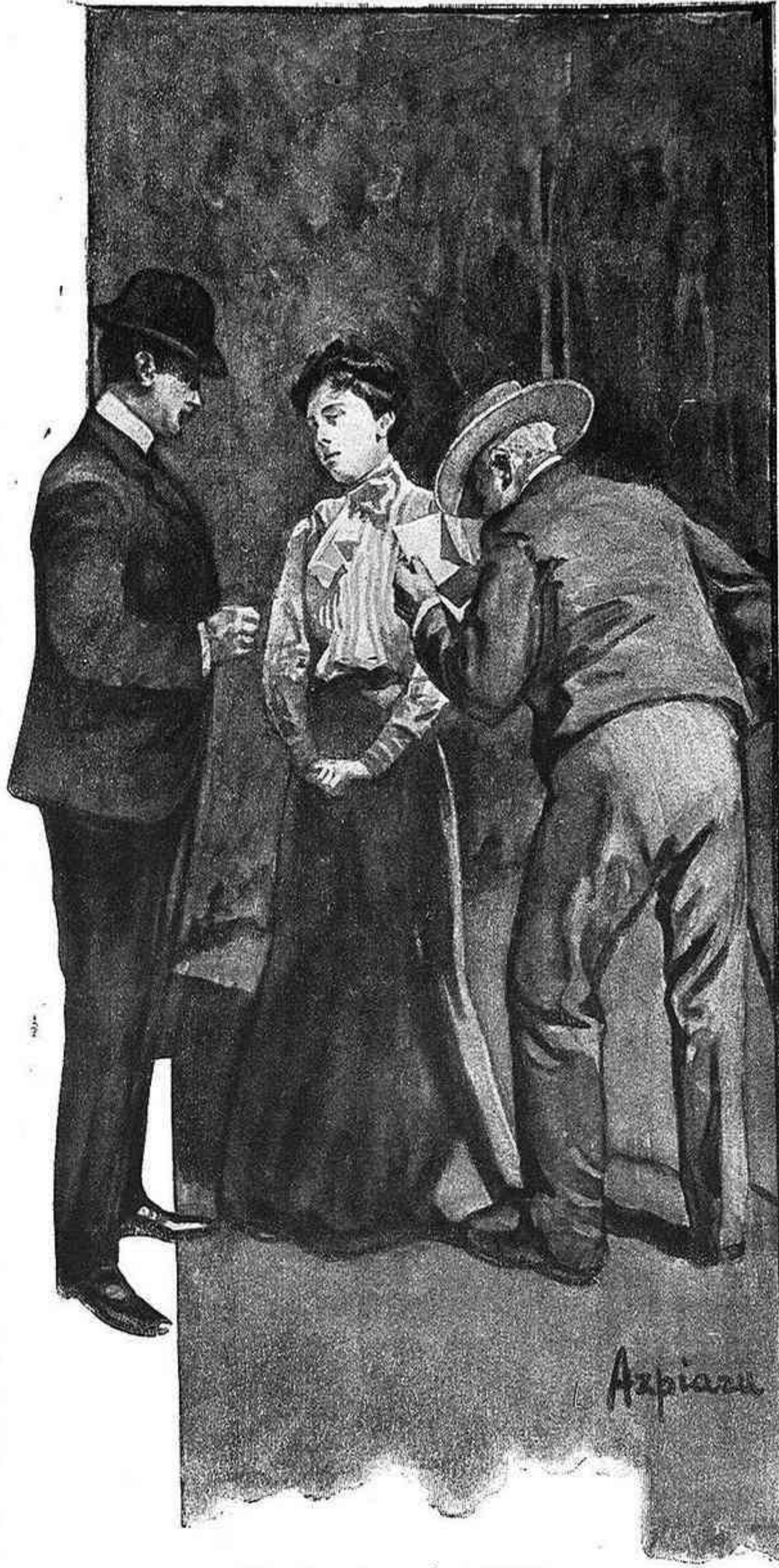
Quedó suspensa... ¿Qué más iría á decir? Los dos, el viejo y el joven, esperaron anhelantes. Ella añadió

de pronto en una explosión tierna y alegre propia de niña:

- ¡Ay, tío Claudio, ya lo descubrí! ¡Ya sé por lo que le quería á usted tanto! ¡Por eso! ¡Porque era usted su padre!

El viejo no contestó; no pudo; le ahogaban las lágrimas. ¡La muñequita feudal vencía siempre!.. ¡Aun estando vencida!

Alfonso pudo respirar; el pecho iba á estallar... Pero ¡por Cristo crucificado!, gritó de repente.



Pues la carta era de su tutor...

¡Saquémosla de aquí; esto es sumamente inicu!

- ¡Ay, sí... sí!, exclamó ella compungida.

- ¡Quiet!

Y el tío Claudio contuvo á su hijo, que se inclinaba para hacer la buena obra. Dirigiéndose á Matilde, le preguntó con una solemnidad que hacía reír:

- ¿Se casará usted con mi hijo?

Ella inclinó los ojos, respondiendo sumisamente:

- Sí, señor... Me casaré.

Alfonso escuchaba con nuevo estupor.

- No es bastante; ¿me suplica usted el consentimiento para que ese matrimonio se efectúe?

- ¡Pero, padre!, gritó Alfonso escandalizado.

- Mira, tú, á callar, dijo el viejo impassiblemente.

Y después repitió, dirigiéndose á Matilde:

- ¿Me lo suplica usted?

- ¡Sí, se lo suplico, respondió ella en voz temblorosa de rubor y alegría ¡Se lo imploro... de todo corazón, tío Claudio!

- ¡Oh, gracias, Matilde gracias!

Y Alfonso la miraba, llenos de lágrimas los ojos.

- ¡Qué te calles!, gritó impaciente.

Y después preguntó á Matilde:

- ¿Reconoce usted que la sangre es colorada en todo el mundo - ¡del color de la vergüenza! - y que un plebeyo puede levantarse y ennoblecerse por sus obras?

- ¿No he de reconocerlo, viejecito mío? Si lo dudase aún, el ejemplo de ustedes, ¿no me lo haría ver aunque yo no quisiera?

- ¡Bien muy bien! Pues ahora, diga usted conmigo, pero despacio, muy despacio..., para que yo lo entienda perfectamente: ¡Vi... va la li...ber...tad!..

- Eso no, padre, exclamó Alfonso con noble ímpetu. Hacerla decir viva la libertad teniéndola en prisiones, ¿no es una tiranía? Si ha de decirlo, que lo diga libre y con su voluntad independiente.

«¡Oh, Alfonso!, pensó la muñequita envolviéndole en una mirada inmensa de ternura; á pesar de todo, siempre diré que eres de raza de privilegiados.»

- Bien, había dicho el viejo; la dispensaré de esa condición. Le vale el padrino. ¡Alfonso, rompe sus cadenas!

En un segundo quedó la marquesita libre. Dió algunos pasos pareciéndole mentira.

- ¡Gracias á Dios!, dijo.

Cogió una mano de Alfonso, otra del viejecito, y añadió muy despacio, riendo, mirándole, ora al uno, ya al otro, destellándole, en fin, vida y luz los ojos y el alma:

- Y ahora... ¡Vi... va la li...ber...tad!

El viejo y el joven lanzaron una exclamación alegre, como dos chiquillos.

- Pero con una condición, añadió ella.

- ¡Condiciones!, exclamaron á la vez llenos de alarma.

- Una sola... La de ser siempre... vuestra prisionera.

¡Oh, felicidad! Respiraron los corazones.

En aquel momento, una duda cruel nubló la dicha de Alfonso: la manifestó al instante. ¿Y el tutor? ¿Acaso Matilde no le debía obediencia?

Matilde entonces, riéndose de su misma oportunidad, sacó una carta: era la de su tutor.

- Señor mío, decía en tanto, tendrá usted vista suficiente para leer cierto párrafo á la luz de la luna?

- ¡Sí, sí!, contestó él ansioso.

Ella señaló el párrafo con un dedo. Alfonso leyó: «Si tienes esa suerte, yo moriré feliz...»

No pudo leer más. Le arrancó ella la carta con un gracioso movimiento. ¿Que de quién era aquella carta? ¿Que á quién se refería? Pues la carta era de su tutor, y en aquello de la suerte referíase á lo de poder casarse con Alfonso... ¿Qué creían el tío Claudio y su señor hijo? ¿Que el tutor no iba á ser consultado... y no iba á dar el consentimiento?

Era ya mucho; el tío Claudio no pudo resistirlo, y abrazó llorando la adorable cabecita.

- Bien, hijos míos, exclamó. Tú, Alfonso, descubriste un filón riquísimo, que llevará caudales inmensos á muchas arcas y bienestar á muchas familias. Has descubierto otro filón en Matilde; el de su amor, que llena tu alma y llenará tu existencia... Pero ¡no lo olvidéis nunca, hijos! ¡La libertad! ¡El amor! ¡El trabajo! ¡Ese..., ese es el filón único! ¡El filón de donde brota la alegría de los hogares! ¡La paz y la fortuna de los pueblos!

XIV

Por haberles cogido en el primer sueño, sin duda, nada se pudo oír en la huerta de Matilde. Cuando la mujer del tutor fué enterada, hacíase cruces. Matilde la dejó en esta tarea para escribir al viejo amigo, que se presentó en *Marrubiales* á los tres días.

La boda se efectuó muy pronto: la luna de miel la pasaron en el *Limón* y *Marrubiales*. Las dos huertas se fundieron en una, como se habían fundido en uno los corazones de sus dueños. ¡Fuera tapias!

Cuando la gran duquesa tuvo noticia del *contubernio* aquel, rasgó sus vestiduras. «¡Triste destino el de Matilde!»

Del tío Claudio, ¿qué diré? Era completamente feliz con sus hijos, con sus claveles... y con sus tulipanes.

Al poco tiempo, cuando el *gran hombre* volvía á la dirección de las minas, viéronse en Madrid la gran duquesa y Matilde. La gran duquesa mostróse magnánima al oír decir á Matilde que ya no podría alternar como antes con sus antiguas relaciones.

- ¡Qué ocurrencia!.. La verdad, mucho has bajado con ese matrimonio desdichadísimo; pero no dejarán de tratarte por eso; no van á ser tan intransigentes.

- No, si no es porque he bajado, respondió Matilde con su risa sonora. Si es porque he subido. Dejé de ser marquesa y soy reina. ¡Reina de las minas!

A las minas se fué, y allí está como una reina de veras, con su Alfonso adoradísimo, que es su rey, y un infante tirano, pequeñín y rubio como una rosa besada por el sol.

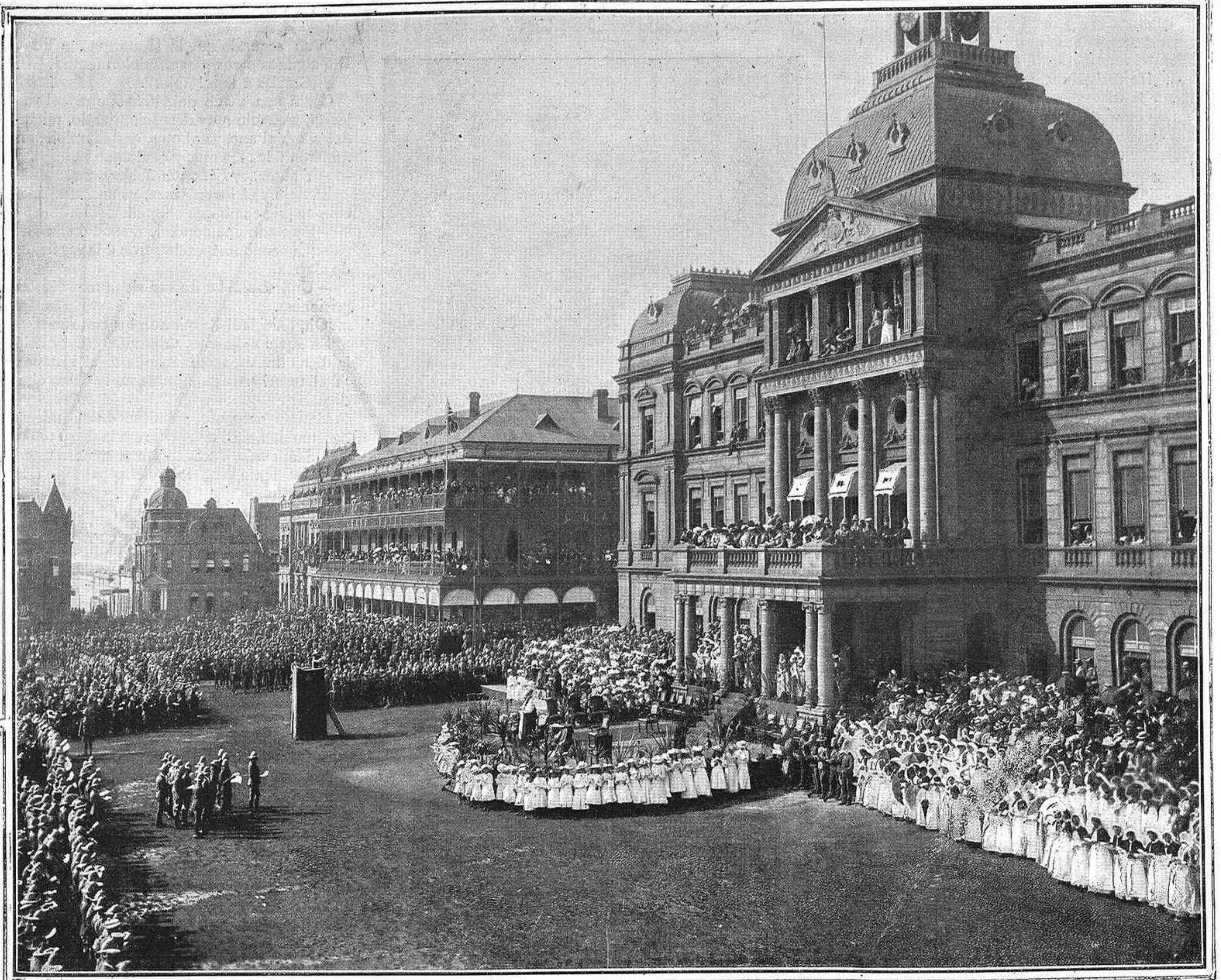
## CEREMONIA CELEBRADA EN PRETORIA

EN ACCIÓN DE GRACIAS  
POR LA PROCLAMACIÓN DE LA PAZ

En la plaza de la Iglesia de la que fué capital de la república transvaalense, celebróse el día 8 de ju-

males, como en los hombres, por medio de danzas más ó menos regulares. Las aves son las más aficionadas á estos pasatiempos coreográficos. Hudson observó en la Plata que la rupícola ó gallo de las rocas tiene una sala de baile al aire libre, consistente en un terreno llano, musgoso, rodeado de matorrales y cuidadosamente purgado de piedras y de rami-

interesante. Sobre las piedras y las ramas de los matorrales estaban reunidos unos pequeños pájaros de plumaje azul con puntos encarnados, todos presa de una especie de baile de San Vito: mientras uno de ellos, el músico, permanecía inmóvil sobre una ramita lanzando al aire su canción más alegre, los bailarines seguían el compás con sus alas y sus patas,



CEREMONIA CELEBRADA EN PRETORIA EN ACCIÓN DE GRACIAS POR LA PROCLAMACIÓN DE LA PAZ

nio último una imponente ceremonia, medio militar medio religiosa, en acción de gracias por la proclamación de la paz que ha puesto término á una lucha que tantas víctimas y tan inmensos perjuicios ha causado á los boers y á los ingleses.

En el centro de la plaza formaron 6.000 soldados pertenecientes á todas las armas; á las nueve de la mañana, las fuerzas estaban en su sitio, y poco después llegó lord Kitchener, que fué recibido por una guardia de honor del primer regimiento de guardias escoceses.

Delante de la Casa de gobierno habíase construído un tablado en donde se situaron coros de Pretoria y de Johannesburgo.

Inmediatamente después de su llegada, lord Kitchener entregó las insignias de la orden de la Cruz Roja á once enfermeras.

Hecho esto, comenzó el servicio religioso; el coro, situándose en el centro de la plaza entonó el canto «¡Adelante, soldados cristianos!» que fué coreado con entusiasmo por las tropas allí presentes. Rezas las preces por el obispo de Zululandia, el arzobispo de Cape Town pronunció un sermón, y luego se entonó el himno favorito de lord Kitchener «Más cerca de ti, Dios mío,» y el «¡Dios salve al rey!» que por primera vez cantaron unidos ingleses y boers. — X.

\*\*

## LOS ANIMALES QUE BAILAN

La alegría, el placer de vivir, la necesidad de hacer ejercicio, pueden á veces manifestarse en los ani-

tales que podrían entorpecer las evoluciones del alado bailarín. Allí se reúnen los pájaros en circunstancias que no han podido todavía ser elucidadas, y cuando la reunión está completa, un macho de plumaje y moño de color anaranjado fuerte se adelanta en el espacio libre del centro, y con las alas extendidas y la cola pendiente comienza una serie de movimientos parecidos á un minué. Poco á poco el bailarín se anima cada vez más y salta y gira sobre sí mismo del modo más extravagante, hasta que fatigado se retira y de actor se convierte en espectador, mientras uno de sus compañeros ocupa su puesto.

Algo análogo encontramos en el *tetrax phasianellus*. En la América del Norte, dice Darwin, grandes grupos de aves se reúnen en la época de la pollazón todas las mañanas en un sitio determinado, y corriendo describen círculos de 4'50 á 6 metros de diámetro, de manera que el suelo queda pelado como en los elfos. En estas «danzas de perdiz,» como dicen los cazadores, las aves adoptan las posturas más extrañas y corren circularmente unas hacia la derecha y otras hacia la izquierda.

M. Bigy-Wither ha referido un caso no menos curioso. Un día en que paseaba por los bosques del Brasil, llamó su atención el canto melodioso de un pájaro, hecho raro en aquellas comarcas; los indígenas que le acompañaban reconocieron en seguida la casta de músico de que se trataba, é invitaron á M. Bigy-Wither á que les siguiera, prometiéndole un espectáculo curioso. Después de haberse deslizado silenciosamente al través de las lianas, la caravana llegó á un claro en donde presenciaron una escena

como si se «zarandearan,» y acompañaban el canto de su compañero con gorjeos en sordina. M. Bigy-Wither afirma que en presencia de aquel espectáculo podrá creerse uno delante de un baile con concierto en el que todos los asistentes se divertían en grande. Habría sido muy interesante ver cómo terminaba aquella fiesta; pero por desgracia los pájaros son de carácter muy tímido, y habiendo visto que les observaban emprendieron el vuelo en todas direcciones y no reaparecieron.

Ciertos rascones argentinos, y sobre todo el ypecaha, merecen ser también mencionados. El punto de reunión de estos pájaros es generalmente una isleta rodeada de juncos en medio de un aguazal: uno de ellos, tomando la iniciativa, lanza al aire una especie de invitación, repetida tres veces, é inmediatamente se ve que los juncos se agitan y acuden á toda prisa los rascones. Cuando se han reunido quince ó veinte, comienzan un concierto de gritos ensordecedores, muy parecidos á voces humanas que expresan dolor; á un grito prolongado y penetrante suceden notas más bajas, como si á la primera explosión de su voz el animal hubiese, por decirlo así, agotado sus fuerzas. Mientras lanzan estos gritos los ypecahas saltan en todas direcciones como acometidos de un ataque de locura, con las alas extendidas y vibrantes y el largo pico muy abierto y puesto en línea vertical. La representación dura tres ó cuatro minutos, transcurridos los cuales se disuelve pacíficamente.

Los jacanas, tan extraños á causa de sus alas en forma de espón y de sus largos dedos, se entregan

también á un ejercicio del mismo género: reunidos en un grupo compacto y emitiendo notas cortas, agudas y repetidas, despliegan sus alas y danzan batiéndolas rápidamente ó imprimiéndoles un movimiento cadencioso y lento de arriba abajo.

Pero todo esto no es nada, comparado con el ejercicio único en su género del avefría de alas espolonadas. Su danza, así la han designado los mismos indígenas, requiere tres personajes, y les gusta de tal manera que se dedican á ella casi todo el año, sobre todo durante el día y las noches de luna. Macho y hembra viven aparejados en un espacio especialmente reservado para su uso; en un momento determinado se ve llegar otra avefría, que penetra en el domicilio conyugal como si fuera su propia casa. En vez de expulsarlo, como haría si se tratase de otro pájaro, la pareja la recibe con cantos de alegría y manifestaciones de satisfacción, y adelantándose al mismo tiempo hacia el visitante, los amos del nido se colocan detrás de él y los tres comienzan una marcha rápida, lanzando notas roncadas y acompasadas con sus movimientos. El pájaro que va delante emite, á intervalos regulares, notas aisladas en un diapasón alto, mientras los dos que le siguen producen una especie de redoble de tambor. Cuando este singular desfile ha durado bastante, el forastero endereza las alas y se para, permaneciendo derecho é inmóvil y lanzando notas agudas; entonces los otros dos engrifan sus plumas y se alinean correctamente de frente. Para terminar la ceremonia, los tres bajan la cabeza hasta tocar el suelo con el pico y permanecen un momento en esta actitud y cantan muy bajito, produciendo sólo un ligero murmullo: es su manera de despedirse.

Un gran número de pájaros ejecutan danzas curiosas que, al revés de las anteriores, no tienen analogía alguna con las nuestras. Tal es el caso de un pinzón al que se da el nombre de oscilador: este pájaro describe volando una curva perfecta de unos veinte metros, y al llegar al extremo de su carrera se vuelve y pasa de nuevo por la línea imaginaria que antes ha trazado, repitiendo esta evolución varias veces, de modo que parece un péndulo que se balancea en el espacio suspendido de un hilo.

Los ibis de cara negra de Patagonia tienen unas costumbres más retonzonas todavía. Por la tarde, después de la cena, se reúnen en bandada para dirigirse al lugar en donde han de pasar la noche; pero

con las alas colgando, se deja caer hasta muy cerca de la superficie del agua, vuela horizontalmente trazando zizás; muy pronto retrocede, sacúdense como el cernícalo y ejecuta movimientos extraños.

Brehm ha observado los mismos hechos en el busardo San Martín. Así como en tiempo ordinario sólo se ve volar á uno de los individuos aparejados, en la época de los amores se les ve volar á los dos juntos y tan cerca, á veces, uno de otro, que parecen querer ayudarse en la caza, describiendo á menudo en un mismo sitio círculos que se entrecruzan. De pronto, el macho sube casi verticalmente con la cabeza enderezada, vuela más de prisa de lo que hubiera podido creerse de él, da una voltereta, se deja caer con las alas medio recogidas, describe un círculo y se remonta de nuevo para volver á empezar. Esta ave puede continuar este juego durante muchos minutos, repitiéndolo diez ó doce veces en media hora. La hembra prueba de ejecutar ejercicios análogos, pero siempre los realiza con más moderación que el macho.

Idénticos hechos observamos en el goirán. Naumann dice que es muy divertido verle jugar, cuando hace buen tiempo, por encima de su nido: la pareja asciende por los aires describiendo grandes círculos sin batir las alas, y luego el macho se remonta á más altura que la hembra y vuelve á descender á su lado con las alas puestas casi verticalmente y agitando-las rápidamente con un movimiento

especial, para subir de nuevo, volver á bajar y continuar este juego gracioso durante algunos cuartos de hora.

Citemos también al casuario macho, que danza delante de la hembra ejecutando fugas rápidas y vueltas de admirable agilidad; la cornejamacho, que saluda bailando á la hembra á quien hace la corte, y al cóndor que, extendiendo las alas y doblando violentamente el cuello hacia el suelo, da vueltas pausadamente sobre sí mismo como si bailase un vals lento.

En el número de las danzas pueden incluirse también, hasta cierto punto, los saltos que ejecutan tantos mamíferos, desde el perro alegre de ver á su amo, hasta las marsopas que juguetean en las olas en torno de las barcas pescadoras. — S.



EN LA TERRAZA DEL BALNEARIO, dibujo de Angel Huertas

antes de emprender el vuelo, parecen atacados de pronto de demencia, precipitándose simultáneamente contra el suelo con gran rapidez y haciendo resonar en los aires sus gritos roncados y metálicos que se oyen desde muy lejos. Diríase que van á reposar sobre la tierra, pero en el momento de tocar á ésta se remontan verticalmente para descender de nuevo un instante después.

Análogos ejemplos abundan entre los pájaros y han llamado la atención de todos los observadores. El príncipe heredero Rodolfo de Austria describe desde este punto de vista al milano. En la primavera, ó sea en la época del apareamiento, es cuando se puede formar idea de la belleza de su vuelo: la pareja asciende por los aires hasta considerable altura describiendo círculos; de pronto uno de los dos,

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

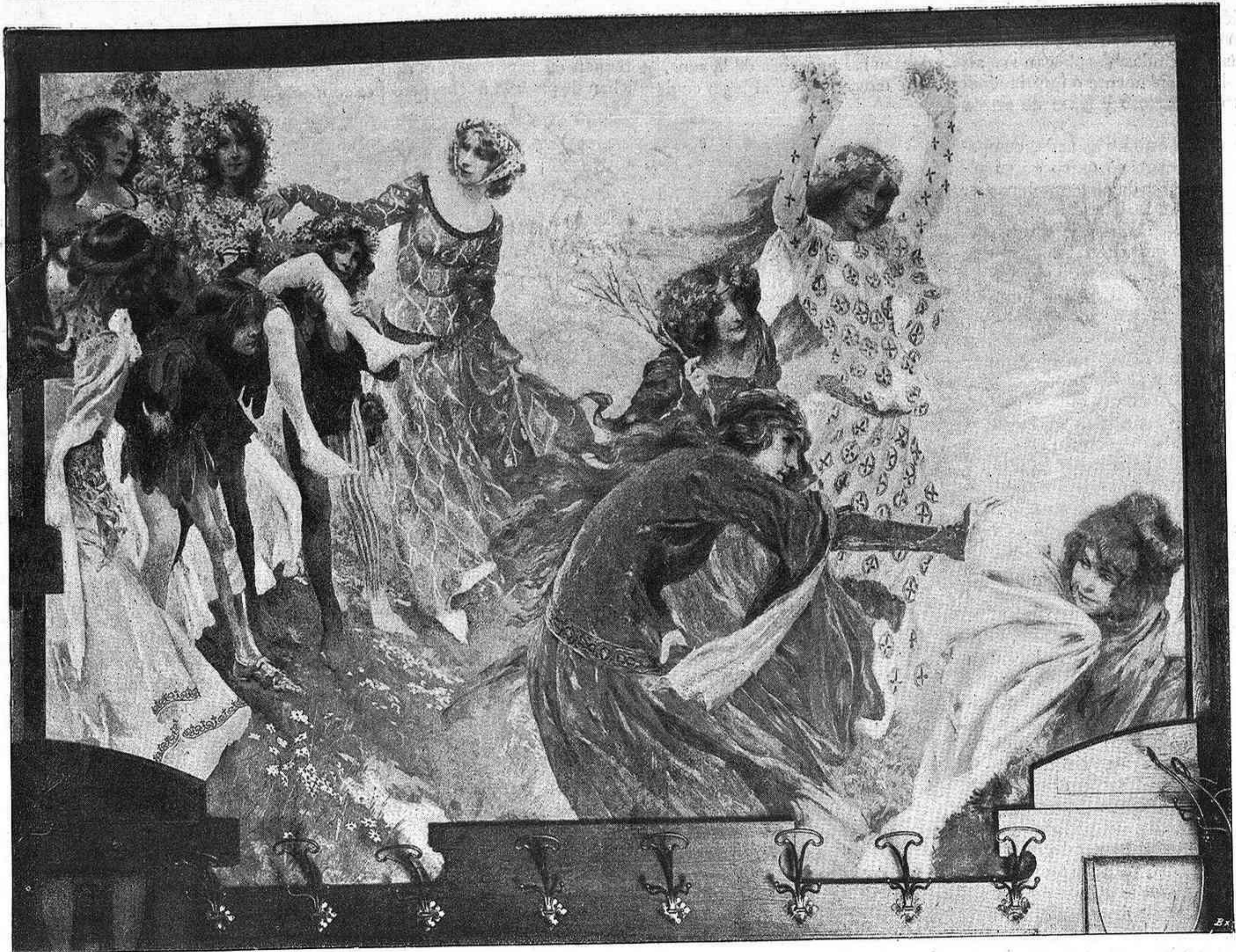
**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Doloras, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.  
Exigir la Firma **WLINSI**.  
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

**AVISO Á LAS SEÑORAS**  
**EL ANIOL** DE LOS **DOCTORES JORET-HOMOLLE**  
CURA **LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS**  
F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN — PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

EDICION ILUSTRADA  
**DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO**  
HISPANO-AMERICANO  
MONTANER Y SIMÓN EDITORES

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT** DE PARIS  
*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

**PATE ÉPILATOIRE DUSSE** destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 onzas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILAVORE, DUSSE**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.



LA PRIMAVERA PONIENDO EN FUGA AL INVIERNO, pintura mural de Enrique Lefler, para la Cervecería de las Casas Consistoriales de Viena

**PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL**  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL  
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.  
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**CIGARROS FUMOUIZE-ALBESPEYRES**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER  
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.  
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.  
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exijase el producto verdadero y las señas de  
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

**COLORES PÁLIDOS  
 AGOTAMIENTO  
 GRAJEAS Y ELIXIR  
 RABUTEAU**  
 El mejor y más económico  
 Ferruginoso.  
 CLIN Y COMAR, PARIS. — En todas las Farmacias. 654

**ENFERMEDADES  
 DEL ESTOMAGO  
 PASTERON**  
 con BISMUTHO y MAGNESIA  
 Recomendados contra las Afecciones del Estó-  
 mago, Falta de Apetito, Digestiones labo-  
 riosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos;  
 regularizan las Funciones del Estómago y  
 de los Intestinos.  
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.  
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exijase el producto verdadero y las señas de  
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exijase el producto verdadero y las señas de  
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

**Jarabe Laroze**  
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por  
 todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores  
 y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar  
 la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de  
 los intestinos.  
**JARABE  
 al Bromuro de Potasio**  
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon,  
 la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, con-  
 vulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas  
 las afecciones nerviosas.  
 Fabrica, Espediciones : J.-P. LAROZE & C<sup>ie</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.  
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Franc. 5fr. en París  
**PUREZA DEL CUTIS**  
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès  
 pura ó mezclada con agua, disipa  
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
 ARRUGAS PRECOCES  
 EFLORESCENCIAS  
 ROJECES.  
 Pone y conserva el cutis limpio y terso.  
 CANDES et C<sup>ie</sup> 18, St-Denis, 18

**GARGANTA**  
 VOZ y BOCA  
**PASTILLAS DE DETHAN**  
 Recomendadas contra los Males de la Garganta,  
 Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la  
 Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iri-  
 tacion que produce el Tabaco, y especialmente  
 á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS,  
 PROFESORES y CANTORES para facilitar la  
 emision de la voz. — PRECIO : 12 REALES.  
 Exigir en el rotulo a firma  
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**  
 Curadas por el Verdadero  
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

**AGUA LÉCHELLE**  
**HEMOSTATICA**  
 Se receta contra los *Flujos*, la  
*Glorosis*, la *Anemia*, el *Apoca-*  
*miento*, las *Enfermedades* del  
*pecho* y de los *Intestinos*, los  
*Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida  
 á la sangre y entona todos los órganos.  
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN